

FERNANDO OTORGUÉS

Por. Ricardo Petrisans Aguilar
La otra Ciudad

El primer asilado: la épica y el tormento de Fernando Otorgués, el teniente que nunca abandonó a Artigas

«Aún en la guerra civil de 1897 —escribió su biógrafo, el general Enrique Patiño—



hablaban de Otorgués los viejos soldados alrededor de los fogones de los campamentos, como de un gaucho sobresaliente, cuyo nombre era conservado por la tradición.»

Ningún hombre de la epopeya artiguista condensa mejor la doble cuerda de la gesta y la controversia, la lealtad a prueba de fuego y los excesos del mando, que Fernando Otorgués (cuyo apellido pudo haber sido originalmente Torgués). Fue el brazo derecho de José Gervasio Artigas en los años de forja; fue el primer hombre que enarboló la bandera tricolor federal en Montevideo; y fue también, en su hora más sombría, el gobernador militar cuyos soldados se volvieron dueños de la ciudad. Pero por encima de todo, Otorgués protagonizó un hecho que trasciende su biografía: la primera solicitud documentada de asilo político en la historia de América —una noche de fuga por las tierras de la actual Rocha que fundó, sin saberlo, un principio humanitario.

Esta es su historia: la de un centauro del

Pantanosos, con luces que deslumbran y sombras que duelen, pero cuya lealtad a Artigas, aunque a ratos tambaleó, jamás entregó la daga al enemigo.

I. El gaucho que vino del Pantanoso

Nació en Montevideo hacia 1774, probablemente en la jurisdicción del Pantanoso, donde su padre —José Torgués, español natural de Huesca— era terrateniente. Su madre, Feliciano Pérez, también aragonesa. De origen humilde, su instrucción fue apenas la de leer, escribir y algo de contabilidad. Pero la escuela de la campaña lo convirtió en un centauro: jinete indómito, diestro en el lazo y las boleadoras, de recio carácter y valor que rayaba en la temeridad. Esos atributos le atrajeron la simpatía de los paisanos, que lo recordarían por décadas.

Se enroló en los Blandengues, aquellas milicias de frontera encargadas de vigilar el contrabando, repeler las invasiones portuguesas y combatir a los bandoleros. Allí conoció a Artigas. Juntos estuvieron en 1801 contra una fuerza lusitana que arreaba ganado.

Juntos, en 1806 y 1807, cruzaron el Plata para enfrentar las invasiones inglesas:

Otorgués combatió en la Reconquista de Buenos Aires (12 de agosto de 1806) y en la heroica defensa de Montevideo (enero-febrero de 1807), cuando seis mil veteranos británicos asaltaron la plaza con el fuego de treinta buques. El soldado ya estaba forjado.

Cuando en 1811 los patriotas orientales lanzaron el grito emancipador, Otorgués acudió al llamado de Artigas como capitán de milicias, al frente de vecinos del Pantanoso y el Rincón del Cerro. En Las Piedras (18 de mayo de 1811) consagró su valentía y acrecentó su prestigio hasta reunir ochocientos voluntarios. En el primer sitio de Montevideo fue de los más audaces; el 12 de agosto de 1811, la Junta de Buenos Aires le otorgó despachos de comandante del Escuadrón de Voluntarios de Caballería Patriótica de Arerunguá. Y cuando aquel año se levantó el sitio y la población emprendió el desgarrador Éxodo del Éxodo (la «redota»), Otorgués cabalgó a la vanguardia, despejando la ruta amenazada por la primera invasión portuguesa.

II. Las campañas de la lealtad: de Yapeyú a Guayabos

Artigas le confió misiones de peso. En abril de 1812, con 800 hombres —incluyendo tres compañías de Fructuoso Rivera y milicias misioneras—, Otorgués desalojó a los portugueses de Yapeyú y La Cruz, remontó el Uruguay y el 4 de mayo rechazó a la vanguardia del brigadier Chagas en Santo Tomé. Su decisión fue tan rápida como letal. Pero la verdadera guerra no era solo contra los lusitanos. El Directorio de Buenos Aires había puesto a Artigas fuera de la ley. El 25 de junio de 1814, el general Carlos María de Alvear —mientras entretenía a Otorgués con falsas gestiones diplomáticas— lo atacó sorpresivamente en Las Piedras. Solo la caballería de Rivera impidió la masacre. Y el 14 de octubre de 1814, el coronel Manuel Dorrego volvió a sorprenderlo en Marmarajá, cerca del Aiguá. Fue una derrota completa: más de treinta muertos, ciento treinta prisioneros, la pérdida de toda la caballada. Su mujer y su hijo cayeron en poder del enemigo, que los trató con indignidad.

Otorgués huyó a mata-caballos por más de veinte leguas: las sierras del Aiguá, Carapé, la Carbonera, los cerros de Castillos. Lo perseguían. Estaba solo, deshecho, con el corazón partido. Pero aún no sabía que aquella fuga escribiría una página inédita en el derecho americano.

III. Por tierra rochense pasó el primer asilado

Después de perderlo todo —y aquí la frase que merece ser glosada, recogida en los partes militares de la época—: «mujer e hijo, sombrero y espada». Esa expresión seca, de una elocuencia desgarradora, condensa la tragedia del caudillo: no solo la derrota militar, sino el despojo íntimo, la pérdida de los afectos y de los signos mismos de su investidura. Otorgués quedó reducido a la nada.

Fue entonces cuando tomó una decisión sin precedentes en la guerra de independencia americana: solicitó y obtuvo asilo en territorio portugués en la Guardia del Chuy. Corría la segunda quincena de octubre de 1814. La luna brillaba sobre los arenales de la Angostura, en la actual Rocha. Unos doscientos jinetes derrotados cruzaron la frontera. El baqueano Rosendo Olivera, según la tradición, habría gritado: «¡Tamos salvaos, don Fernando!»

Los portugueses lo confinaron en un puntal llamado «Paraguay», en los bañados de la Laguna Merín. Le asignaron una ración de tres libras de carne por hombre y no le permitían moverse. Buenos Aires lo reclamó como traidor. Portugal dudaba: ¿lo entregaba o preservaba la ficción del asilo? En el medio, Artigas desplegó una delicada trama diplomática, fingiendo lealtad al rey Fernando VII para ganar tiempo y proteger a su segundo.

Durante casi dos meses se desató un pulso diplomático entre Buenos Aires, Río Grande y el propio Otorgués. Los portugueses, en palabras de un desesperado Dorrego, se volvían «sospechosos»: sus patrullas dejaban pasar espías y baqueanos del caudillo. Finalmente, la maniobra de Artigas y la resistencia de Otorgués dieron fruto: a fines de noviembre de 1814, el jefe oriental recuperó la libertad y reorganizó sus fuerzas.

Ese episodio ha sido señalado por historiadores como el antecedente más claro del derecho de asilo político en la historia americana, mucho antes de su codificación en el siglo XX. Como escribió Jesús Perdomo en la Revista Histórica Rochense: «Por tierra

rochense pasó el primer asilado». Rocha no fue un mero escenario de tránsito: fue el territorio neutral y agreste que permitió que un principio humanitario se abriera paso entre las brasas de la guerra.

IV. La bandera tricolor y el gobierno de la discordia

El 10 de enero de 1815, la victoria artiguista en Guayabos —donde Fructuoso Rivera aplastó a Dorrego— dio finalmente la plaza de Montevideo a los orientales. El 26 de marzo de 1815, Fernando Otorgués enarboló por primera vez en la capital la bandera tricolor federal (tres franjas horizontales: roja, azul y blanca). Fue un acto de alto valor simbólico que lo inmortalizó en la memoria colectiva.

Pero ese día de gloria fue también el prólogo de sus horas más controvertidas. Nombrado Gobernador Militar de Montevideo, Otorgués no estaba hecho para el gobierno de salón. Los hábitos de campaña, la rudeza del gaucho y la desconfianza hacia los antiguos realistas que aún poblaban la ciudad lo volvieron prepotente y desconsiderado. Sus soldados, dueños de la calle, cometieron excesos. Es cierto —y los historiadores más rigurosos lo señalan— que la mayoría de los montevidianos que habían sido realistas odiaban a los patriotas y habrían condenado cualquier cosa que viniera de ellos. Pero también es cierto que Otorgués no supo —o no quiso— templar su carácter.

Artigas lo separó del cargo a fines de julio de 1815 y envió a Rivera a normalizar la situación. Miguel Barreiro, el secretario del Protector, asumió como Delegado. Otorgués volvió a la vida militar sin chistar. Su lealtad a Artigas, aunque golpeada por la humillación, seguía en pie.

V. La resistencia contra el imperio y la desertión ajena

En 1816 comenzó la invasión luso-brasileña. Mientras Buenos Aires conspiraba con los portugueses, Otorgués se mantuvo firme al pie de la bandera. Artigas le encomendó el Ejército de la Derecha —la línea del río Yaguarón, desde Maldonado hasta Cerro Largo— con unos 1.500 hombres. En diciembre de 1816 batió a una columna portuguesa en el arroyo Pablo Pérez. Luego hostigó sin descanso al brigadier Silveira hasta Casupá.

Pero las discrepancias con Rivera —que desobedeció órdenes directas de atacar la Fortaleza de Santa Teresa— y la desertión en masa de varios jefes orientales (Rufino Bauzá, los hermanos Manuel e Ignacio Oribe, Gabriel Velazco y otros) terminaron por diezmar sus fuerzas. En medio de ese desmoronamiento, el Directorio porteño intentó comprar su lealtad. Existe una carta fechada el 2 de agosto de 1817 en la que Otorgués respondió con un asentimiento ambiguo a las insinuaciones del Director Pueyrredón. Los historiadores discrepan sobre el alcance de esa respuesta. Lo que sí está documentado es que Otorgués jamás pasó a las filas enemigas ni combatió contra Artigas. Quedó en una penumbra que él mismo no supo disipar, pero su espada nunca se volvió contra el Protector.

El 6 de mayo de 1818, mientras acampaba con una pequeña escolta en la costa del río Negro, fue sorprendido y capturado por el capitán portugués Benito Goncalvez da Silva. Lo enviaron a Río de Janeiro y lo confinaron en el pontón «A Gloria», donde su salud se quebró. Permaneció dos años encerrado hasta que, gracias a la gestión del patriota Francisco Borja Magariños, fue restituido a la Banda Oriental en 1821. El Imperio del Brasil —que ya gobernaba la Provincia Cisplatina— lo vigilaba de cerca. Otorgués se retiró a su estancia en San José y esperó.

VI. La última lealtad: con Lavalleja en la Guerra del Brasil

Cuando Juan Antonio Lavalleja desembarcó con los Treinta y Tres Orientales en 1825, las autoridades brasileñas tomaron a Otorgués como prisionero preventivo. Pero en 1827, burlando la vigilancia, el viejo caudillo se puso a las órdenes de Lavalleja para servir en las etapas finales de la Guerra del Brasil. Su salud era frágil, sus años eran muchos, pero su corazón seguía latiendo con el mismo pulso de la libertad.

Terminada la guerra, pidió al gobierno que le reconociera su grado militar y le restituyera las haciendas arruinadas. El reconocimiento nunca llegó. Murió olvidado en Montevideo,

en la calle Cerrito —entonces llamada San Luis— el 14 de diciembre de 1831. El gobierno ordenó una misa de cuerpo presente en la Iglesia Matriz con asistencia de jefes y oficiales. Pero el eco de aquel homenaje no logró reparar el silencio con que la historia oficial lo trató después.

Sus restos descansaron en el cementerio de la Matriz. Y la tradición popular hizo el resto: los viejos soldados siguieron contando su nombre alrededor del fogón, mucho después de que sus huesos se confundieran con la tierra oriental.

Epílogo: El que cruzó la frontera de su propia derrota

Fernando Otorgués no fue un héroe sin mancha. Tuvo demasiada mano dura en Montevideo, pecó de soberbia, cometió errores tácticos y en algún momento dudó. Pero también fue el soldado que nunca abandonó del todo a Artigas —aun cuando muchos otros lo hicieron—. Fue el jinete indómito que los paisanos recordaron con admiración. Fue el primer hombre que izó la bandera tricolor federal en la capital, un emblema que hoy, más allá de cualquier adscripción política, pertenece al acervo común de los orientales que valoran su independencia.

Y sobre todo: aquella noche de 1814, vencido, desnudo, habiendo perdido «mujer e hijo, sombrero y espada», cruzó la frontera de Rocha y sin saberlo le regaló a América su primer caso documentado de asilo político. Un derecho que hoy, dos siglos después, sigue salvando vidas en las fronteras de este continente.

La épica no está hecha solo de victorias. También está hecha de esas derrotas que, por extraño que parezca, siembran principios más altos que cualquier batalla ganada. Porque aquel octubre de 1814, bajo la luna sobre los arenales rochenses, un hombre que lo había perdido todo —pero no la lealtad— cruzó la línea hacia el exilio. Y con su paso fundó, sin proponérselo, la tradición de dar refugio al perseguido.

Así se forja la leyenda del gaucho del Pantanoso: entre el barro, la sangre y una fidelidad que ni el cautiverio ni el olvido pudieron rendir.

Bibliografía mínima consultada (revisada y cotejada)

Juan Gabito Bourgougnoux, «Otorgués: por tierra rochense pasó el primer asilado», Revista Histórica Rochense N° 6.

Materiales biográficos de archivo (que incluyen las referencias al general Enrique Patiño y a los partes militares de 1814).

Correspondencia entre Fernando Otorgués, José Gervasio Artigas y las autoridades portuguesas (1814–1818).

Archivo Artigas, compilación documental.

Los orientales en armas: estudios sobre la experiencia militar en la revolución artiguista (coord. Ana Frega), 2015 (para el contexto de las deserciones de 1817).

- [Ricardo Petrissans Aguilar](#)

- [La otra ciudad](#)

FRANCISCO de los SANTOS “EL Chasque de Artigas”

Por. Ricardo Petrissans Aguilar



El soldado que fue al infierno por Artigas y volvió... para seguir sirviendo. La historia patria está sembrada de gestas que parecen sacadas de un relato épico, pero pocas hay tan conmovedoras como la de un jinete anónimo que un día de setiembre de 1820 apretó las riendas de su caballo y se perdió en el horizonte del este, llevando consigo la última fortuna de un prócer derrotado. Ese jinete se llamaba Francisco de los Santos. Era sargento, era indio, era rochense. Y aquella travesía, que nadie creía posible, lo inmortalizaría como el último chasque de Artigas.

Un hijo de la frontera

Había nacido años atrás, en 1788, en un paraje humilde llamado Vuelta del Palmar, a una legua de lo que hoy es la ciudad de Castillos, casi al borde de la Ruta 9. Allí, en la capilla de la Fortaleza de Santa Teresa, fue bautizado por el capellán Juan Tomás Churruca. En el acta se asentó que era hijo legítimo de Miguel de los Santos y de Francisca Hernández, «ambos indios guaraníes».

Pero la sangre del sargento corría por rutas más complejas. Investigaciones posteriores revelaron que su padre, Miguel, no era exactamente un indio misional, sino un «pardo forro» –un hombre libre de ascendencia africana e indígena– nacido en Viamão, hijo de Tomás Velho Rangel y Francisca Pedroso, con raíces portuguesas en Santa Catarina. Su madre, en cambio, era una guaraní originaria del pueblo de San Nicolás, en las Misiones Orientales. Aquella mezcla de orígenes –guaraní, africano y lusitano– era el espejo de una tierra de frontera donde las identidades se fundían a la fuerza.

Francisco creció como peón rural, gaucho de los pagos de Rocha, hasta que en 1811, al estallar la revolución oriental, se sumó a las montoneras de Leonardo Olivera. Allí, a puro coraje, fue ganando sus grados. Cuando Artigas lo necesitó, ya era sargento.

La misión imposible

Corrían los primeros días de setiembre de 1820. Artigas, derrotado por los portugueses y traicionado por Francisco Ramírez, se preparaba para cruzar al Paraguay, un destierro voluntario y definitivo. Antes de partir, revisó sus alforjas: tenía unos 4.000 patacones y 25 onzas de oro. Podía haber usado ese dinero para sobrellevar su exilio, pero no lo hizo. En un gesto de grandeza que lo define, decidió emplear aquellos últimos recursos para rescatar a sus oficiales presos en Río de Janeiro: Lavalleja, Otorgués, Bernabé Rivera, Manuel Artigas y otros patriotas orientales, cautivos en la isla das Cobras. Faltaba, sin embargo, un hombre dispuesto a llevar el socorro. El trayecto era inmenso: más de dos mil kilómetros por territorio enemigo, sin caminos, sin mapas, sin más guía que el sol y la necesidad. Artigas convocó a sus fieles. Dicen que preguntó: «¿Quién se ofrece voluntario?».

Un jinete se adelantó. Era Francisco de los Santos. Tenía 32 años, era bajo de estatura, robusto, de piel trigueña. El general sabía que aquel soldado era honrado y valiente. Le encomendó la maleta con los patacones y las onzas de oro.

El sargento guardó el dinero entre los cojinillos de su montura, levantó la mano en señal de despedida y partió rumbo al este, hacia lo desconocido.

Una travesía sin huellas

Durante semanas o quizás meses, De los Santos cabalgó por valles inexplorados, selvas cerradas, bañados traicioneros. No sabemos con certeza qué ruta siguió, ni cómo sorteó a los portugueses, ni dónde durmió. La historia no ha podido abonar documentalmente cada paso de aquella epopeya. Solo sabemos que llegó.

Llegó a Río de Janeiro, a la prisión de la isla das Cobras, con los 4.000 patacones intactos. Pero en lugar de recibir una recompensa, fue apresado. Un sumario posterior reveló que el comandante del penal se había apropiado del dinero destinado a los prisioneros. El sargento, sin embargo, había cumplido su misión. La plata había llegado a destino, aunque luego le fuera arrebatada.

Allí permaneció cautivo junto con los demás orientales. Con el tiempo, recuperó su libertad. Cuando en 1825 comenzó la Cruzada Libertadora, ya estaba nuevamente en filas.

Una vida de servicios a la patria

Lejos de retirarse, Francisco de los Santos continuó luchando. En mayo de 1825 fue nombrado teniente. Un año después servía en la 2ª Compañía de Milicias de Caballería de Maldonado. En 1828 ascendió a capitán, y el 31 de diciembre de 1832 alcanzó el grado de teniente coronel de milicia.

Ocupó cargos de responsabilidad: comandante de la Fortaleza de Santa Teresa en 1835, comandante militar de la villa de Rocha en 1837. Una enfermedad lo alejó del mando a principios de 1838, pero reapareció en 1842 integrando el Ejército Unido de Vanguardia de Maldonado y Minas. En 1848 aún servía en la División Maldonado del ejército de Oribe. Sus contemporáneos lo describían como un hombre de estatura más bien baja, cuerpo robusto y retacón, de tez trigueña, pero siempre impecable en su vestir y de modales pulcros. Era indio en un mundo de blancos, y sin embargo supo ganarse el respeto por su lealtad y su valor.

El ocaso y la memoria eterna

Contrajo matrimonio tardíamente, el 22 de agosto de 1842, con Josefa Antonia González, viuda de José Molina. No tuvieron hijos. A la muerte de ella, Josefa dejó sus bienes a sus «criollos o pardos», aquellos que había criado «como hijos». Francisco de los Santos falleció en 1855 en su establecimiento de campo de Piedra Blanca, en jurisdicción de San Carlos, Maldonado. Recibió sepultura en el cementerio de la villa de Rocha.

Hoy, su nombre no es tan conocido como el de otros próceres. Pero su ejemplo perdura. Desde el 16 de mayo de 1961, la Escuela de Suboficiales del Ejército Nacional lleva su nombre, como símbolo de las virtudes militares. En 2008, la Ley N° 18.375 designó un tramo de la Ruta 16 como «Chasque Francisco de los Santos». Y en Rocha, frente a OSE, en el cruce de las calles Francisco de los Santos y 25 de Agosto, aún se alza lo que fue su casa.

Porque aquel sargento olvidado, de pequeña estatura pero alma gigante, hizo algo que pocos habrían hecho: atravesó el infierno con una fortuna ajena, sin tocar una sola moneda. Y cuando volvió, no pidió nada. Solo siguió sirviendo.

Así se hace la leyenda. Así se forja un héroe verdadero.

- [Ricardo Petrisans Aguilar](#)

-

si quieren seguirme, en [La otra ciudad](#)

Nota: retrato idealizado con inteligencia artificial.

EL INMOLADO: LA ÉPICA DE BLAS BASUALDO, EL TENIENTE FANTASMA DE ARTIGAS

Por. Ricardo Petrisans

Las vastas tierras del Virreinato del Río de la Plata bullen en secreto con ideas de libertad. En algún rincón de esa inmensidad –una noche oscura en las tolderías misioneras, al caer la tarde en las pampas santiagueñas, o quizás al amanecer en los pagos orientales– nace un niño de mirada profunda y espíritu inquieto al que llamarán Blas Basualdo.

Su origen es un enigma que la historia jamás desvelará. Los historiadores, como ciegos que



palpan las piezas de un rompecabezas roto, ofrecen versiones contradictorias:

Andrés Lamas, el erudito rioplatense, lo afirma con toda solemnidad: Basualdo era santiagueño. Pero aparece la voz discordante que lo señala como natural de las misiones jesuíticas o de la provincia entrerriana. Sin embargo, la hipótesis más conmovedora proviene del general e historiador oriental Enrique Patiño, quien lo reivindica como "originario de la Banda Oriental,

teniendo por cuna el departamento chaná". Esta teoría se sustenta en un dato revelador: Basualdo era poseedor de una estancia en el departamento de Soriano, y allí nació su hijo. ¿Acaso un forastero hubiera arraigado tan profundamente como para establecer allí su descendencia?

Pero hay un indicio aún más fascinante: Basualdo sabía leer y escribir. En una tierra donde la alfabetización era privilegio de pocos, que un militar de origen humilde manejara la pluma sugiere fuertemente que pudo haber sido un indígena guaraní educado en las antiguas reducciones jesuíticas.

El historiador Ricardo de Titto, en su columna semanal, lo presenta como "un militar argentino, oficial del ejército federal del caudillo José Artigas, de destacada trayectoria en Corrientes y Entre Ríos". Pero Basualdo no tiene una única patria: su alma pertenece a la Liga Federal, aquel sueño de pueblos libres que Artigas supo edificar con sangre y convicción.

Pero hay algo que todos los historiadores suscriben sin reservas: Blas Basualdo era "capitán de milicias muy renombrado por su audacia".

El enigma de su origen jamás se resolverá. Pero esa misma niebla que oculta su cuna acaso fuera necesaria para envolver en misterio a un héroe cuya esencia no era de dónde venía, sino a quién servía.

EL LEÓN DEL CERRO LUNAREJO

El año de 1811 encuentra a un continente convulsionado. El grito de Mayo ha sacudido los cimientos del poder español, y en la Banda Oriental, un estanciero llamado José Gervasio Artigas abandona sus tierras para unirse a la revolución.

En el extremo norte de la Banda Oriental, en la región del Cerro Lunarejo —hoy departamento de Rivera, Uruguay—, un capitán de milicias de unos veinte años se prepara para la contienda. Sus hombres lo siguen con devoción, porque su audacia es conocida en toda la comarca.

Al frente de apenas 200 patriotas criollos, Blas Basualdo mantiene vivo el espíritu emancipador en el vasto territorio que se extiende hasta el río Ibicuy. Mientras Artigas y Rondeau baten a los españoles en Las Piedras, Basualdo custodia la retaguardia, impidiendo que los realistas se reagrupen en el norte.

Sus campañas en aquellas latitudes culminarían en la gesta de Las Piedras, donde los patriotas obtuvieron su primera gran victoria frente al ejército realista.

Cuando se levanta el primer sitio de Montevideo, Basualdo no duda. Cabalga hacia el sur con 350 voluntarios y se presenta ante Artigas en el campamento del Ayuí.

Artigas, que sabe reconocer a los hombres de temple, le otorga allí mismo el título de jefe de división.

BAJO EL FUEGO DE MONTEVIDEO

El segundo sitio de Montevideo encuentra a Basualdo al mando de un imponente regimiento de 400 hombres. Entre sus capitanes figuran dos nombres que también escribirían páginas gloriosas en la historia artiguista: José Antonio Berdún y Juan Bautista Santander.

Las escaramuzas son diarias en la línea sitiadora. El polvo y el humo envuelven a los patriotas mientras acosan a los realistas atrincherados tras los muros de la ciudad. En una de esas acciones, el mismo día que Artigas ocupa el sector que le correspondía en la línea, Basualdo participa en un "fuerte escopeteo" en El Córdón con los realistas, demostrando una vez más su valentía.

Pero el momento que consagra su reputación ocurre el 9 de marzo de 1813. Allí, cooperando con el futuro caudillo Fructuoso Rivera y apoyado por alguna infantería, Basualdo protagoniza una acción tan destacada que "afirmó su reputación de valiente soldado" para siempre en los anales de la historia.

LA LEALTAD INCONMOVIBLE

Llega entonces la hora de la prueba más dura.

Artigas rompe con el gobierno porteño de Sarratea y abandona la línea sitiadora. La mayoría de sus hombres lo siguen, pero no todos. Aquí se separa el trigo de la paja. Muchos de los que antes besaban su mano ahora vuelven la espalda al caudillo.

¿Y Basualdo? Basualdo es uno de los pocos tenientes que lo acompañan fielmente, primero a principios del asedio, y luego en enero de 1814 por segunda vez.

Juntos se repliegan hacia Belén, sobre la margen del Uruguay, y con las fuerzas de Basualdo y Baltasar Ojeda, Artigas constituye una nueva fuerza de importancia. En aquel refugio precario, el caudillo reorganiza sus tropas y se prepara para enfrentar a los numerosos enemigos que marchan para destruirlo.

EL GOBERNADOR DE MISIONES

En marzo de 1814, Artigas le encomienda a Basualdo una misión crucial.

Junto a Vicente Matiauda (el subdelegado de Candelaria que apoyaba abiertamente a Artigas), Basualdo marcha sobre La Cruz, sitia al teniente gobernador de Misiones —Bernardo Pérez Planes, que había tomado partido por los porteños— y lo apresa.

El prisionero es enviado al campamento de Artigas en Belén, donde es ajusticiado.

Premio a su lealtad: el 19 de marzo de 1814, Basualdo es designado 4.º Teniente Gobernador de Misiones, cargo que ocupará hasta febrero del año siguiente.

En ese rol, Basualdo actúa como nexo entre Artigas y los gobernadores de la región. Es él quien transmite al gobernador de Corrientes, José Silva, la orden de izar una nueva bandera tricolor — blanco, azul y colorado— en los pueblos libres, siguiendo las disposiciones del jefe oriental.

EL CASTIGO AL TRAIOR: LA SAGA DE PERUGORRÍA

Pero no todo es gloria. La guerra también se libra en el ámbito de las conspiraciones, donde las dagas suelen ser más certeras que los fusiles.

Genaro Perugorría había sido un hombre de confianza de Artigas, enviado por el caudillo en mayo de 1814 a reorganizar el gobierno federal de Corrientes. Hijo de una próspera familia correntina, había estudiado en Buenos Aires y luchado como voluntario en las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Pero Perugorría acariciaba un sueño de grandeza personal y, en secreto, ofreció su colaboración al Directorio de Buenos Aires, que estaba en guerra contra Artigas, engañándose a sí mismo con la idea de que se convertiría en el Presidente de la Argentina y el Uruguay.

Al levantarse en armas Perugorría con apenas 200 hombres, Artigas envía a su lugarteniente más fiel para que lo reduzca.

Ese lugarteniente es Blas Basualdo.

El 17 de diciembre de 1814, en el Campo de los Colodrero, Perugorría —con una fuerza cinco veces inferior a la de Basualdo— logra rechazar tres ataques consecutivos. Pero Basualdo, con tenacidad inhumana, decide sitiarnos y no darles tregua.

Finalmente, el traidor es capturado. En un oficio fechado en Batel el 25 de diciembre de 1814, Basualdo manifiesta que Perugorría se había rendido "sin más tratados que bajo de mi palabra de honor les librase la vida" .

Perugorría es enviado al campamento de Artigas, quien ordena su fusilamiento el 17 de enero de 1816. Artigas fue uno de los poquísimos líderes que mandó ejecutar personalmente a sus enemigos, y Perugorría fue uno de ellos. Sus restos descansan en la ciudad de Corrientes.

A continuación, Basualdo avanza hasta Corrientes, ocupa la capital y repone en su cargo al gobernador federal Méndez.

El lugarteniente había demostrado una vez más que su lealtad a Artigas no admitía intermediarios.

EL OCASO DEL GUERRERO INMOLADO

El año 1815 marca la cúspide del poderío de Artigas. Seis provincias le reconocen como Protector, y la Liga Federal parece un sueño hecho realidad.

Pero el destino es caprichoso con sus héroes.

Gravemente enfermo en su guarnición, Blas Basualdo —aún en la plenitud de sus veinticinco años— ve cómo sus fuerzas se consumen lentamente.

Los historiadores discrepan en la fecha precisa: unos señalan el 21 de mayo de 1815 como el día de su muerte; otros sostienen que fue el 10 de junio de 1815 en Montevideo. El acta del Cabildo de Montevideo registra una fecha intermedia: el 31 de mayo, el Cabildo le rinde un emotivo homenaje y se cursan invitaciones a los comandantes José Llupes y al gobernador de la Plaza, Fernando Otorgués, para las honras fúnebres. El sepelio se realizó en la Iglesia Matriz con toda la pompa que su rango militar merecía.

Pero nada de esto puede compararse al tributo que escribió el propio Artigas.

LAS LÁGRIMAS DEL PROTECTOR

Desde el Cuartel General de Purificación, a orillas del río Uruguay, el caudillo comunica a sus tropas la pérdida irreparable.

El parte de guerra se convierte en elegía. Artigas, tan parco en sus expresiones de elogio, tan medido en sus emociones, derrumba todas las barreras. Escribe:

"Acabamos de perder al virtuoso ciudadano, Comandante de División Don Blas Basualdo. La muerte le arrancó de nosotros después de una dolencia dilatada, y en el lleno de sus destinos, señalando su carrera con mil servicios brillantes, que reclaman el reconocimiento de la Patria y el llanto de los hombres de bien."

Pero allí no termina. Artigas, el hombre que rara vez mostraba sus sentimientos, confiesa abiertamente:

"Yo he regado su sepulcro con mis lágrimas y he tributado a su memoria todas las honras debidas a su mérito admirable."

En un gesto profundamente simbólico, Artigas ordena que en el Cabildo de Montevideo se realice un convite fúnebre con un rito solemne: una copa de licor deberá ser derramada sobre una palma en el centro de la mesa, en honor al caudillo caído. Una ceremonia que evoca las tradiciones guaraníes del héroe, mostrando la profunda imbricación de Artigas con lo americano y lo originario.

Y concluye:

"Llevemos así su nombre glorioso a la posteridad [...] démosle un ejemplo de gratitud y enseñémosla a honrar la virtud de un hombre que vivió para servir a sus hermanos y bajó al sepulcro con tan preciosos anhelos."

Artigas, el Protector de los Pueblos Libres, había llorado por su soldado. En un siglo donde los hombres de guerra cultivaban la dureza como virtud, esta confesión de fragilidad resulta sobrecogedora.

LEGADO: LA ESTELA DEL TENIENTE FANTASMA

Con la muerte de Basualdo, la autoridad sobre Misiones pasó al ahijado de Artigas, el guaraní Andrés Guazurará (Andresito), quien continuaría la lucha en las regiones misioneras hasta ser tomado prisionero por los luso-brasileños.

En la costa del Uruguay, el mando recayó en quien después sería el caudillo entrerriano Francisco Ramírez, aunque su relación con Artigas terminaría trágicamente años después.

Hoy, una calle en Montevideo, en el barrio de Capurro Bella Vista, lleva el nombre de Blas Basualdo. Pero su verdadero monumento está en la admiración de quienes descubrimos su historia y nos sentimos interpelados por su ejemplo.

¿Qué nos queda de Blas Basualdo?

No fue un gran estratega que ganó batallas decisivas. No fue un caudillo que construyó naciones. No fue un escritor que dejó libros inmortales.

Basualdo fue, ante todo, un hombre de honor en una época donde el honor solía ser moneda de cambio. Cuando Artigas estuvo solo, abandonado por muchos que antes le besaban la mano, Basualdo estuvo allí. Cuando la traición acechaba en cada rincón, Basualdo fue el brazo ejecutor que no dudó en castigarla. Cuando la enfermedad consumía sus fuerzas, Basualdo no abandonó su puesto.

EPÍLOGO: EL VOTO DE RECORDAR

En un rincón olvidado de la historia, entre la niebla de los orígenes y las lágrimas de un caudillo, descansa el alma de Blas Basualdo.

Su historia no es la de un vencedor. Es la historia de un inmolado —como certeramente lo tituló el diario *El Litoral*—, un hombre que entregó su vida por una causa que trascendía su propia existencia.

Es la historia de quien tuvo el valor de la lealtad, la virtud de la coherencia, y la grandeza de no traicionar sus principios aunque eso significara la muerte.

Blas Basualdo nos enseña que el heroísmo no siempre se mide en batallas ganadas o territorios conquistados. A veces, el heroísmo más puro se encuentra en aquellos que, sin hacer ruido, supieron estar en el lugar preciso, en el momento exacto, y nunca flaquearon.

A veces, el héroe más grande es aquel del que apenas sabemos su nombre. Aquel que, parado entre el polvo y el humo de la historia, sostuvo con sus manos la espada de la libertad mientras otros dudaban.

Y en esa estela de coraje silencioso, su nombre merece ser recordado.

Porque mientras haya quien se atreva a contar su historia, Blas Basualdo no habrá muerto del todo.

Blas Basualdo: el teniente sin origen conocido, pero con una lealtad cuyo paradero jamás se perdió.

"Porque el héroe no se mide en victorias, sino en el temple de su corazón cuando todo parece perdido"

El Doctor de la Lealtad: La Épica Olvidada de Gorgonio Aguiar, Fiel Soldado de Artigas. El olvidado.

Por. Ricardo Petrisans Aguilar

"El oficial encargado de la conducción de estos oficios, ciudadano don Gorgonio Aguiar... lo va igualmente de hablar a V.E. y extenderse sobre las reflexiones que elevo a la consideración de V.E."

— José Artigas, 12 de abril de 1812

1. Un nombre envuelto en un misterio indeleble

La historia de José María Gorgonio Aguiar, o quizás Juan Gorgonio para su madre, o Gregorio para algunos historiadores, comienza en la penumbra de los registros. Nacido probablemente en Montevideo en una fecha que el tiempo no quiso registrar, era hijo del español Juan Benito Aguiar y de la argentina Petrona Fernández.

Lo que lo diferenciaba de los rudos militares de su tiempo era su espíritu cultivado. El historiador Plácido Abad nos revela que "era versado en estudios de Derecho y Filosofía". Otro



contemporáneo, el militar Ramón de Cáceres, destacó que "era hombre de capacidad y tenía algunos principios". Su inteligencia y formación le valieron el respeto y el título con el que el mismísimo Artigas se dirigía a él en su correspondencia: "el señor doctor Gorgonio Aguiar". Consolidó aún más sus lazos con la causa al casarse con María Magdalena Lavalleja, una de las seis hermanas del legendario Juan Antonio Lavalleja. Su vida, anclada en el estudio y el afecto familiar, estaba a punto de ser arrasada por la vorágine de la independencia.

2. La chispa inicial: la confianza del Protector

Su nombre aparece por primera vez en los anales de la historia el 12 de abril de 1812. Desde el cuartel general de Artigas en el Salto Chico, el Protector escribía una carta de suma importancia a Buenos Aires. La misiva, que hoy se conserva en el Archivo Artigas, revelaba algo más que un encargo: revelaba una confianza ciega en el joven que la portaba. Artigas escribió: "El oficial encargado de la conducción de estos oficios, ciudadano don Gorgonio

Aguiar... lo va igualmente de hablar a V.E. y extenderse sobre las reflexiones que elevo a la consideración de V.E.". Había nacido una alianza forjada en la lealtad.

Esa fidelidad no pasó desapercibida para los enemigos de la causa federal. Apenas seis meses después, el comandante Rondeau, ya mostrando su animosidad hacia Artigas, informaba con

recelo que Aguiar había estado en cierto lugar "pero que inmediatamente había regresado a donde se halla don José Artigas". No contento con eso, llegó a advertir que se le habían "puesto observaciones de su conducta", por si él y otro oficial "desplieguen algunas ideas sediciosas". Aguiar, sin saberlo, ya era vigilado como un hombre peligroso.

3. Voz de la Patria en medio del espanto

Para junio de 1813, la confianza de Artigas en él era tal que lo comisionó a organizar la elección de un nuevo representante del Cabildo de Maldonado. Ya era oficialmente su ayudante de campo y su voz autorizada.

Poco después, fue portador de un duro mensaje ante un congreso en Capilla Maciel. Los congresales, que según el presbítero Pérez Castellano "enmudecían de temor y espanto" bajo la presión de las bayonetas del gobierno porteño, desecharon sus palabras. Pero Aguiar no se amilanó. El 10 de diciembre volvió a presentarse, llevando una durísima catilinaria de Artigas que prevenía "la más formal protesta sobre cuanto actuéis". Fue un gesto de una rebeldía que preludiaba la tormenta.

4. El guardián de Purificación

Al año siguiente, su estrella brillaba con luz propia. Artigas lo nombró Comandante de Armas de la villa de Purificación del Hervidero, el corazón sagrado del poder artiguista. Era el guardián del centro espiritual de la revolución. Cuando el Protector se ausentaba, era en Aguiar, en su hermano Manuel Francisco, o en el fiel Monterroso en quienes delegaba el mando de su capital. Era, sin duda, uno de sus hombres de absoluta confianza.

Un episodio crucial en esos años fue su misión en Corrientes. En abril de 1814, Artigas lo envió al frente de una dotación de Blandengues para apoyar al gobierno provisional que acababa de adherir al Protectorado. Pero Aguiar se encontró con dilaciones por parte de las autoridades. Viendo que la convocatoria a un congreso provincial se demoraba, acercó sus fuerzas a la capital para urgir una resolución. Ante la persistente demora del gobernador, apoyó el derrocamiento del funcionario y la instalación de uno decididamente artiguista, que convocó de inmediato al congreso. Solo entonces, considerando cumplida su misión, regresó a San Roque, no sin antes pedir que se "prevenga los posibles inconvenientes por el retiro de sus tropas". Era un hombre que entendía que la lealtad era acción, no solo palabras.

5. La épica de un auxiliador generoso

A fines de 1816, la situación se tornó angustiosa. La invasión portuguesa apretaba el cerco y, en su rol de comandante, Aguiar escribía al Cabildo de Corrientes para pedir refuerzos. Lo hizo con un lenguaje que trasciende el tiempo, revelando su profunda humanidad y su visión avanzada para la época. Escribió:

"...ellas serán recibidas con el mayor amor, con tal que se componga de hombres voluntarios".

Meses después, en noviembre, volvía a escribir en términos apremiantes, revelando la crudeza de la guerra y la desesperación artiguista:

"...los portugueses amenazan igualmente por todas partes y si les damos tiempo ellos tienen recursos que nosotros no tenemos... V.S. reúna a la mayor brevedad la fuerza que pueda y la remita a este punto con las armas que pueda y caballadas. Yo creo a V.S. penetrado de esta necesidad y por lo mismo dejo de insistir sobre el caso, seguro que será tomado con el ardor que debo esperar de personas que han jurado ser libres a pesar de los mayores contrastes".

Era el clamor de un hombre que veía cómo el sueño de la Liga Federal se desmoronaba bajo el peso de la superioridad material del invasor.

6. De las cenizas de la derrota, el heroísmo resurge

A principios de 1818, el panorama era desolador. Artigas había sido derrotado en Carumbé, y luego el héroe Rivera sería aplastado en India Muerta. Para colmo, las fuerzas del Directorio porteño invadieron Entre Ríos. Fue en ese momento de crisis que Artigas demostró su grandeza y

su confianza en Aguiar. A pesar de la difícil situación, desguarneció su propia provincia para enviar auxilio a sus "hermanos" del Protectorado.

El 25 de diciembre de 1817, Aguiar, junto al caudillo entrerriano Francisco Ramírez, se encontraron al atardecer con el avance enemigo y lo derrotaron en el arroyo Ceballos, apoderándose de su artillería. Días después, el 4 de enero de 1818, volvieron a enfrentar y derrotar al ejército unitario en el combate de Santa Bárbara.

Artigas, eufórico, notificó al Cabildo de Corrientes:

"Acabo de recibir parte del Sr. Comandante en Jefe don Gorgonio Aguiar, de haber triunfado nuestras armas en las inmediaciones de Gualeguaychú. Los porteños salieron en número de 400 hombres de Dragones montados que se hallaban en observación del Comandante Ramírez. Al momento llegó Aguiar en auxilio de éste y la energía de los bravos orientales decidió la acción tan brava como gloriosamente".

A pesar de estos triunfos, el jaque era permanente. El 1 de febrero, el caudillo centralista Evaristo Carriego ocupó la ciudad de Paraná. Pero Aguiar no descansó: el 17 de febrero la recuperó, obligando a Carriego a huir en desbandada hacia los barcos porteños. Cada victoria era un respiro, pero el cerco era cada vez más asfixiante.

7. La caída de la capital y el ingenio en la derrota

Obligado a evacuar Purificación, Artigas trasladó su nuevo cuartel general a Arroyo de la China (hoy Concepción del Uruguay). El 9 de abril, los portugueses ocuparon la desolada villa, celebrándolo con 21 cañonazos. Fue un golpe durísimo.

Pero incluso en la derrota, la inteligencia de Aguiar brilló. Previendo la reacción de Buenos Aires por la clausura de los puertos, emplazó los cañones tomados al enemigo en puntos estratégicos sobre el río Uruguay: en el Paso de Vera, en la Calera de Barquín y en la barra del Perucho Berna. Su plan era defender el río y frenar el avance de los invasores.

El 2 de mayo de 1818, una flotilla luso-brasileña al mando del teniente Sena Pereira forzó el paso. Aguiar, al mando de una división, fue derrotado y capturado en la Calera de Barquín el 15 de mayo, siendo enviado prisionero a Montevideo, tras ver cómo los invasores saqueaban e incendiaban Arroyo de la China. Un historiador brasileño, el almirante Prado Maia, reconocería más tarde la magnitud de aquella operación conjunta, declarando que "fue de valor inestimable el auxilio prestado a las fuerzas de tierra por esta pequeña flotilla... su cooperación fue magnífica".

8. Una fuga legendaria

Encerrado en la Ciudadela de Montevideo, Aguiar enfrentaba su destino: ser enviado a la temida Isla das Cobras, una prisión de la que pocos regresaban. El momento era crítico.

Pero la historia le tenía deparado un acto de audacia que rozaría la leyenda. Increíblemente, en un alarde de ingenio y valor, logró escapar. Se desconoce cómo lo hizo, pero lo cierto es que burló a sus captores y, como un fantasma en la noche, se internó en la desolada campaña oriental en busca de su líder.

El historiador Faustino de Mello capturó la esencia de su epopeya con estas palabras:

"Deja el dinero, los halagos, los grados, los pomposos uniformes con que Lecor colma a los traidores. Cruza la Patria una vez más, ¡la desolada campaña de la Banda Oriental de 1819! Allí va a defender sus ideales, a unirse al jefe y amigo, abanderado indiscutible de una causa justa".

9. El conspirador que salvó a un líder

Su reencuentro con Artigas fue recibido con alegría y alivio. El propio Protector escribió a Santa Fe dando cuenta de su llegada, y de que Aguiar le había informado de los nuevos planes de los portugueses y de una "camarilla de rebeldes" que conspiraban contra él.

Pero la traición más dolorosa estaba aún por llegar. Los "hermanos de Artigas", Francisco Ramírez y Estanislao López, le dieron la espalda y firmaron el Tratado del Pilar. Se dice que fue la sagacidad de Aguiar la que descubrió el complot. Había una trampa: Ramírez, aliado con Sarratea, lo había convocado a una reunión en Entre Ríos donde sería hecho prisionero. Aguiar le advirtió a Artigas. Le hizo entender que Ramírez había pactado secretamente su completa ruina. Gracias a esa advertencia, el caudillo evitó la emboscada. Cáceres, un contemporáneo, escribió con cierta contrariedad sobre la influencia de Aguiar:

"No sé qué fatalidad hizo que Artigas diese tanta importancia a este hombre que no podía menos que encelar a Ramírez, que sabía cuánto tramaba Aguiar contra él que era el caudillo de valer que había en aquella época".

10. La última batalla

Reorganizando la resistencia, Artigas concertó una alianza militar con Corrientes y Misiones. En ese pacto, la última gran esperanza, la firma de Gorgonio Aguiar apareció al lado de la del Protector.

El 13 de junio de 1820, en una cruenta batalla, Artigas se enfrentó a Ramírez, obligándolo a retirarse. Pero la suerte estaba echada. Ramírez recibió refuerzos de artillería enviados por su aliado Sarratea y finalmente derrotó a Artigas.

Ya cebado, Ramírez ofició a las autoridades correntinas, recién plegadas a su causa, con una orden que estremece: "V.S. debe inmediatamente asegurar a las personas de Aguiar, Campbell, como a Méndez, a Artigas y demás magnates que caigan a ese destino".

11. El exilio y un secreto que la historia no revela

Perseguido, derrotado, pero indómito, el 5 de septiembre de 1820, Artigas cruzó el río Paraná hacia el Paraguay. Horas después, cumpliendo con su deber hasta el último momento, Aguiar hizo lo mismo, sirviendo de retaguardia para contener las avanzadas de los perseguidores. Su fidelidad era a toda prueba.

Su destino en el Paraguay es un manto de sombras que la historia no ha podido recorrer del todo. Una única noticia, publicada por Aníbal Barrios Pintos, señala que en enero de 1822, el Dr. Gaspar Rodríguez de Francia ordenó "internarlo en la villa de Concepción, de cuyo distrito nunca debería salir sin licencia expresa del gobierno".

Señal de que seguía siendo considerado un hombre peligroso.

12. El eco de un fusilamiento

La versión más extendida es que Aguiar fue fusilado por orden del Dr. Francia, acusado de presunta actividad conspirativa.

El general Antonio Díaz en sus "Memorias" es quien afirma esto, aunque no aporta detalles sobre su fuente. Conociendo el temperamento de Aguiar y su arraigado artiguismo, nada extrañaría que se hubiera visto envuelto en alguna conspiración.

En ese sentido, el destino de Fulgencio Yegros es una ventana a lo que pudo haber sido. Yegros, un héroe de la independencia paraguaya y gran amigo de Artigas, fue fusilado el 17 de julio de 1821 precisamente por conspirar contra el gobierno del Dr. Francia. El destino de Aguiar pudo haber sido el mismo.

13. El silencio que grita

La ausencia de registros es, quizás, la prueba más elocuente de su trágico final. Tras su internación en Concepción en 1822, no existe ninguna otra noticia sobre él, ni una sola carta a su madre, esposa y seis hermanos. Su madre, Petrona Fernández, al testar en septiembre de 1829, consignó a su hijo como "...que ausente, según noticias ha fallecido por Paraguay". El doloroso silencio que rodea su desaparición es un testamento fúnebre tan elocuente como un parte de guerra.

Su lugar de entierro, si es que existe alguno registrado, permanece ignorado.

14. El olvido ingrato

La injusticia del olvido no terminó con su muerte. Una publicación oficial, la "Revista Histórica", dedicó más de 300 páginas a glorificar a caudillejos menores, pero apenas mencionó a Aguiar. Los ediles de Montevideo le asignaron el nombre a una calle de tan solo una cuadra de extensión, cerca del Pantanoso, el mismo destino que tuvieron otros grandes fieles de Artigas, como el héroe guaraní Andresito o el leal Monterroso.

Es como si hubiera una intencionalidad en opacar a aquellos que fueron más allá de la lealtad, para que el brillo de otros fuera más intenso.

15. Un legado que perdura

A pesar de todo, la historia no ha podido borrar por completo su nombre. En la actualidad, la Ruta Nacional N.º 31, que atraviesa los departamentos de Salto y Tacuarembó, lleva el nombre de Ruta 31 Coronel Gorgonio Aguiar.

Es un recordatorio de que, a pesar del olvido y la ingratitud, la lealtad de este filósofo soldado sigue siendo un faro que guía el camino en la tierra que juró defender. Su legado es el de un hombre que prefirió la muerte antes que traicionar a su líder y a sus ideales.

Nota personal: cada vez que he ido al Paraguay - amada tierra martirizada -, y he vivido en ella, al servicio técnico de su Gobierno, he dejado dos claveles, uno rojo y otro blanco, en manos del viento, en la memoria de quien fue mi lejano y heroico tatarabuelo, no por parentesco, sino por noción de Patria.

- [Ricardo Petrisans Aguilar](#)

El Almirante Gaucho: Pedro Campbell, el irlandés que se volvió inmortal bajo las órdenes de Artigas

Por. Ricardo Petrisans Aguilar

En tiempos en que las provincias reaccionaban contra algunas jerarquías porteñas —parece algo endémico—, un irlandés rescató la más salvaje de las estrategias charrúas, arremetiendo por tierra o por río, resbalando sobre sangre sin dar un paso atrás.



De curtidor de cuero en la verde Irlanda a "Almirante Gaucho" comandando una escuadra de guerra en los furiosos ríos de Sudamérica. La vida de Pedro Campbell no parece real. Con su melena roja flameando al viento, este soldado de fortuna se convirtió en el brazo naval más letal del caudillo José Gervasio Artigas, forjando una leyenda que los libros olvidaron... hasta hoy.

Te cuento la épica de Pedro Campbell, el irlandés que se convirtió en teniente del mismísimo Artigas y fundó la Armada uruguaya para dominar los ríos de una nación que aún no había nacido.

1. Orígenes: de curtidor irlandés a soldado inglés

Nadie sabe a ciencia cierta qué soñaba un joven de Tipperary al curtir cuero en una humilde curtiduría local. Pero alrededor de 1782 —algunas fuentes mencionan 1780—, en el condado irlandés de Tipperary, un niño llamado Peter Campbell vino al mundo con un destino trágico e incierto. Hijo de una familia católica humilde, su único futuro parecía ser el trabajo manual: probablemente se desempeñaba como aprendiz de curtidor.

Pero Campbell tenía una ambición feroz. Ansioso por escapar de la miseria, se alistó en el Regimiento 71 de Infantería Highland, una unidad de élite del ejército británico. Embarcado en una flota que en julio de 1805 cruzó el Cabo de Buena Esperanza (Sudáfrica), este soldado raso — luego ascendido a sargento— se preparaba para una guerra de la que no regresaría igual.

2. Llegada al Río de la Plata: herido, desorientado... y gaucho

En 1806, Peter Campbell pisó por primera vez el suelo del Río de la Plata. No lo hizo como inmigrante, sino como soldado invasor de las temidas invasiones inglesas, formando parte de la primera expedición al mando del teniente coronel Denis Pack, sobrino del general Beresford. En Buenos Aires, su batallón fue masacrado. En medio de la carnicería, una bala lo derribó. Según cuenta la tradición, cayó herido en una calle porteña tras enfrentarse con un moreno llamado Braulio, que custodiaba la casa de la familia Gómez y Farías.

Junto a otros dos soldados —John Kameli y el propio Denis Pack—, Campbell fue atendido por aquella familia. Pack, por cierto, terminaría casándose con Bartola, una de las hijas de los Gómez y Farías. Pero Campbell, una vez recuperado, tomó otro rumbo: desertó poco antes de la Reconquista, aunque se sabe que aún estaba herido.

Luego vivió en varios lugares de Entre Ríos y Corrientes, trabajando como curtidor y como empleado de Ángel Fernández Blanco, un hacendado y militar argentino. Allí se destacó como jinete y tripulante de pequeñas embarcaciones. En todas estas actividades ganó fama de valiente y audaz, además de jefe capaz de pequeñas partidas dedicadas a arreos, caza —y quizás algún robo—, siempre alternando la navegación fluvial con la guerra campal. Tenía fama de haber vencido a decenas de hombres en duelo, a los que no mataba pero causaba graves heridas. Adoptó las costumbres y las ropas de los gauchos, y pronto pudo pasar por uno de ellos. Peter Campbell ya no existía. Había nacido Pedro Campbell.

3. El testimonio de los hermanos Robertson: el encuentro con el gaucho irlandés

Una de las descripciones más vívidas de Campbell nos llega gracias a John Parish Robertson, un joven escocés de 14 años que llegó al Río de la Plata durante las invasiones inglesas. Años después, en sus Cartas de Sudamérica, Robertson relató su primer encuentro con el irlandés: “Hallándome sentado una tarde bajo la galería de mi casa, llegó muy cerca de mi silla un hombre a caballo; era un tipo enjuto, huesudo, de torvo aspecto y vestía como los gauchos llevando además dos pistolas de caballería y un sable de herrumbrosa vaina, pendientes de un sucio cinturón de cuero crudo. Tenía la patilla y el bigote colorados, el pelo enmarañado del mismo color y formando greñas espesas debido al sudor y al polvo que lo cubría; el rostro quemado por el sol parecía casi negro y estaba cubierto de ampollas hasta los ojos” [9†L?] .

Robertson, al verlo llegar con ese aspecto, dijo para sí: “Ave María, ora pro nobis”. Pero cuál no sería su sorpresa cuando aquel gaucho de aspecto fiero se sacó la gorra respetuosamente y le habló... ¡en un mal español pero con inconfundible acento irlandés! Robertson lo reconoció enseguida: era un hijo de la isla hermana, transformado en gaucho, y con un aspecto más imponente que todos los nativos que había conocido.

Desde entonces, los hermanos Robertson tuvieron un gran trato con Campbell, incluso relaciones comerciales, y pudieron aquilatar su honradez y su ágil imaginación para resolver los problemas más difíciles. El mayor elogio lo sintetizó John en una frase: “No pude dejar de pensar en qué jefe de administración hubiera sido un hombre como Campbell” [9†L?] .

4. El encuentro con Artigas: nace la Marina Federal

Al estallar la Revolución de Mayo de 1810, Campbell no dudó un instante. Abrazó la causa independentista y en 1811 se enroló en una goleta corsaria —probablemente la balandra "Americana" —, al mando del francés Ángel Hubac (ex ayudante de Liniers). Con él comenzó su carrera de combate contra los realistas de Montevideo, demostrando un talento innato para la guerra fluvial.

En abril de 1814, ya libraba combates junto al gran almirante Guillermo Brown, participando en la liberación de la isla Martín García y en la victoria naval que condujo a la caída de Montevideo.

Pero en diciembre de 1814, Campbell tomó una decisión definitiva: se pasó con una pequeña embarcación a las tropas de José Artigas, que ya estaba irremediadamente enfrentado con Buenos Aires. Campbell abrazó los ideales republicanos y federales, y ofreció sus servicios al caudillo. Artigas, que no era lerdo, le encomendó el mando de una flotilla en el río Paraná. El momento cumbre llegó el 21 de agosto de 1818, cuando el General Artigas lo designó Comandante General de la Marina, el máximo rango naval de la Liga Federal. Así se puso la semilla de lo que décadas después sería la Armada Nacional del Uruguay. Por eso, hoy los historiadores lo reconocen como el fundador de la Armada uruguaya.

En 1818, Campbell se hizo cargo del segundo escuadrón de las fuerzas navales artiguistas, con base en Goya y Esquina (actuales Corrientes y Entre Ríos) [9†L?] . Se convirtió en el comandante naval en jefe de la región y en el azote de la flota fluvial del dictador paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia. En agosto de 1818, Campbell acompañó a Andrés Guacurarí (Andresito), el ahijado de Artigas, en la ocupación de la ciudad de Corrientes [9†L?] .

5. Tácticas de guerrilla naval: la furia del irlandés

Campbell no era un almirante al uso. Este irlandés, curtido en el lomo de un caballo y en las cubiertas de barcos, desarrolló una táctica revolucionaria que el general y presidente argentino Bartolomé Mitre describió así:

“Era éste el inventor de una nueva táctica de combate que consistía en que la infantería montada y armada de fusil con bayoneta, cargaba a gran galope como caballería, se dispersaba en guerrillas del mismo modo, echaba pie a tierra por parejas o grupos, cuidando uno de los caballos y rompía el fuego dentro del tiro de fusil. En caso de avance, se cargaba y reconcentraba a caballo o a pie, según obrase como infantería o caballería, y en caso de retirada, saltaba rápidamente sobre sus caballos y se ponía fuera del alcance de su enemigo. Esta operación era protegida por escuadrones de verdadera caballería que servían de reserva”.

Esa misma táctica, que le había dado tan buenos resultados en tierra, la empleó en los combates navales. Campbell aplicaba el método de las "montoneras" sobre el agua: usaba embarcaciones de poco calado y un puñado de hombres que eran alternativamente jinetes, infantes o marineros, armados de sables y fusil. Saltaban al abordaje de las naves enemigas y continuaban el combate en las riberas de los ríos hasta conquistar desiguales triunfos.

6. Hechos de guerra legendarios: artillando la libertad

A lo largo de 1818 y 1819, Campbell no descansó. Entre enero y marzo de 1819, junto a las fuerzas terrestres del caudillo santafesino Estanislao López, Campbell puso sitio a la ciudad de Capilla del Rosario (actual Rosario), demostrando que la flota de Artigas podía paralizar el comercio enemigo [9†L?] .

El 7 de enero de 1819, se produjo un choque en el río Paraná entre las fuerzas navales de Campbell y las del general Juan Ramón Balcarce. Campbell logró apresar dos lanchones de la escuadrilla porteña, y el jefe de ésta se retiró desconcertado al puerto de San Nicolás de los Arroyos [9†L?] . Balcarce, que ya estaba en Rosario, terminó licenciando la caballería y enviando su renuncia como jefe del Ejército Expedicionario de Santa Fe. Tras abandonar Rosario, mandó incendiar la ciudad. Pero el ejército porteño continuó su repliegue y se encontró en San Nicolás de los Arroyos el 5 de febrero de 1819, donde resistió un nuevo y feroz ataque de la escuadra comandada por el irlandés. Finalmente, las fuerzas porteñas retrocedieron hasta Buenos Aires.

El 10 de marzo de 1819, las fuerzas combinadas de López y Campbell ganaron el Combate de las Barrancas (conocido como Combate de las Barrancas del Carcarañá), consolidando el poder artiguista sobre la región.

Pero el enfrentamiento más dramático de ese año ocurrió el 26 de diciembre de 1819. Campbell y su antiguo jefe, el capitán Ángel Hubac —aquel francés al que había servido en 1811—, se enfrentaron frente a San Nicolás de los Arroyos. Campbell contaba con una pequeña escuadra de 5 naves. Intentó sorprender a Hubac, pero antes de llegar al abordaje, un tiro certero del enemigo le hundió la nave "Oriental" y le averió gravemente el "Artigas". A pesar de estas dos bajas, las tropas de asalto del irlandés —compuestas por gauchos e indios— lograron pisar la borda de las

embarcaciones enemigas y pusieron en fuga a Hubac, que huyó hacia San Pedro, provincia de Buenos Aires.

¿Cómo era un abordaje de Campbell en carne propia? Se conserva un relato atribuido al propio irlandés que lo pinta de cuerpo entero:

“Atacamos fulminantemente, arrojando sin asco metralla a quemarropa. Juntamos la banda del lanchón contra la del falucho, largamos los ganchos y ahí sí le subimos como arañas por estribor, indios y gauchos a los gritos, sonando los cuernos y las trompetas a lo loco. ¡Sí, aquello era una verdadera locura! Luego les metimos carabina, y entramos a los sablazos cuerpo a cuerpo. ¡Aquello era un baño de sangre! ¡Y ‘pa ‘peor ‘facones y sables desafilados... oxidados! Suerte que tenemos experiencia en la ‘carniada ‘que si no ¡largábamos el cuajo! Recuerdo mis tiempos de curtidor, allá en lo de Fernández Blanco, y estoy ducho en el manejo del facón’ ...refalábamos ‘por la sangre desparramada en la cubierta. Los paraguayos eran bravos pero finalmente los reducimos y nos quedamos con las armas y el resto del botín” 【9†L?】 .

Y al terminar, dice la crónica, le dijo al gobernador Méndez: “¡Venga compadre! ¡vamos a beber por la prosperidad y larga vida a don Pepe —por José Gervasio Artigas— y por su tocayo mi gauchito el ahijado!” Y le pidió al gobernador que debía decir “Hip, hip, hurra” tres veces, a la inglesa.

7. La batalla decisiva: Cepeda (1820) y los combates finales

La rebelión federal estaba llegando a su clímax. El 1 de febrero de 1820, los caudillos litoraleños —Estanislao López (Santa Fe), Francisco Ramírez (Entre Ríos)— y Pedro Campbell al mando de la caballería correntina se enfrentaron al ejército del Directorio en la Batalla de Cepeda. Las fuerzas federalistas combinadas derrotaron a los porteños.

El 13 de febrero de 1820, se produjo un nuevo choque entre Campbell y Ángel Hubac en las bocas del río Colastiné (Santa Fe). Campbell intentó quedarse con la flota unitaria. En la refriega, las naves de Pedro Campbell fueron destrozadas, pero Hubac perdió la vida en la defensa de su buque el 30 de julio de 1820 【5†L?】 . Ese día, una batalla naval puso fin a la escuadra de la Liga Federal de los Pueblos Libres.

8. Caída, prisión y final trágico en Paraguay

La gloria federal fue efímera. En 1820, Artigas, derrotado por sus antiguos aliados Ramírez y López, se vio obligado a exiliarse en Paraguay. El 8 de agosto de 1820, los correntinos se pronunciaron contra Artigas, y el Cabildo de Corrientes delegó el mando militar de la provincia en José Fernández Blanco, hermano de Ángel Fernández Blanco, el antiguo patrón de Campbell 【9†L?】 . Fernández Blanco logró la detención de Pedro Campbell. Aunque meses más tarde fue liberado, su suerte estaba echada.

Campbell buscó entonces un exilio tranquilo en el Paraguay de Gaspar Rodríguez de Francia, el temido dictador. Pero ni bien atravesó la frontera, fue detenido y confinado en la Villa del Pilar, a orillas del río Paraguay (a unos 300 km al suroeste de donde estaba confinado Artigas). Allí pasó sus últimos días haciendo lo que sabía hacer: curtir cueros. Murió en el año 1832, a la edad de aproximadamente 50 años, fiel a una causa, abandonado y lejos de su terruño irlandés.

Sus restos fueron repatriados a Uruguay el 18 de mayo de 1961 y hoy descansan en una urna frente al panteón de la Armada Nacional, en el Cementerio del Norte de Montevideo, como lo que realmente fue: el primer Comandante de la Marina de Guerra del Uruguay y su fundador.

9. Un hijo a la altura: la épica de Pedro Campbell (hijo)

La historia de Campbell no termina con su muerte. Pedro Campbell tuvo un hijo, que llevaba su mismo nombre, fruto de su matrimonio con María Shan. Ese hijo fue bautizado por el comandante Pedro Islas —el antiguo Denis Pack, compañero de Campbell en las invasiones inglesas—, quien se convirtió en su padrino.

Ese hijo protagonizó una escena digna de una película. El 28 de noviembre de 1840, en la batalla de Quebracho Herrado (Córdoba, Argentina), el comandante Islas se encontraba luchando en el bando unitario. Herido en una pierna, Islas continuaba disparando los cañones, aunque la suerte ya estaba echada para su bando.

En medio de la humareda, un jinete federal se acercó con un trapo blanco en la mano. Cargaba a un niño de unos cinco años, al que depositó junto a las carretas de los emigrados. Luego se acercó al artillero unitario Islas y le pidió: “La bendición, padrino”. Islas lo reconoció: era el hijo de Pedro Campbell, a quien él mismo había bautizado.

El general Pacheco, que comandaba la vanguardia federal, se acercó. El joven Campbell se cuadró y dijo:

“Yo, Pedro Campbell, comandante del ejército Federal, que he levantado bandera blanca para traerle a la madre este corderito que encontré en el campo, y que soy hijo del Comandante Federal Pedro Campbell, vencedor en Cepeda, pido al Señor General Pacheco por la vida de mi padrino, el Comandante Islas, y la de los valientes que forman ese cuadro; y por la vida y la libertad de las mujeres y niños que están en esas carretas; y por haber levantado bandera blanca en lugar de bandera colorada, y por pedir cosas que no debo, pido también ser fusilado”.

Pacheco, que había sido guerrero de la independencia y sabía diferenciar una empresa libertadora de una contienda civil, dio a entender que no había visto nada y se retiró. Isla logró huir rumbo al Norte, hasta Catamarca, y se refugió en el Convento de San Francisco. Allí lo encontró una partida federal, y lo ejecutaron en la esquina de la iglesia el 6 de abril de 1841. Cuando Campbell (hijo) llegó a Catamarca, ordenó fusilar a los cuatro tiradores de su propio bando que habían matado a su padrino.

Así termina la saga de los Campbell: con un hijo que honró la lealtad de su padre hasta las últimas consecuencias.

[Ricardo Petrisans Aguilar](#)
[La otra ciudad](#)

El Comandante sin Tumba: La Agonía del Último Artiguista. Andrés Guacurarí (Andresito): de la derrota al silencio eterno

Por. Ricardo Petrisans Aguilar

La documentación histórica sobre el paradero final del comandante Andrés Guacurarí (conocido como Andresito) es extraordinariamente escasa y fragmentaria. Las múltiples formas de escribir su apellido –Guacurarí, Guazurarí, Guasurarí, Guaçurary, Guacarí, Tacuarí– reflejan ya un primer velo de incertidumbre. Las fuentes oficiales se agotan tras su captura por los portugueses en 1819. La propia Wikipedia señala: “Se cree que murió prisionero en los calabozos de la Ilha das Cobras (isla de las Cobras), probablemente en 1821”, y agrega que hubo una búsqueda infructuosa de sus restos. Lo que sigue a continuación combina esa versión canónica con una hipótesis historiográfica rescatada de archivos personales (testimonio de Roberto Araújo, 1986), que sugiere un destino alternativo –no confirmado, pero inquietante– para la vida errante, el exilio y la muerte oscura del último comandante artiguista.

**Primera parte: La versión oficial – un silencio de piedra
Orígenes y lealtad**



Andrés Guacurarí (Santo Tomé, 30 de noviembre de 1778 – Río de Janeiro, entre 1821 y 1825) fue un militar y caudillo guaraní misionero, uno de los más fieles colaboradores de José Gervasio Artigas, quien lo adoptó legalmente permitiéndole firmar como Andrés Artigas. Gobernó la Provincia Grande de las Misiones entre 1815 y 1819, defendiendo la Liga de los Pueblos Libres contra las invasiones luso-brasileñas.

Derrota y cautiverio

El 6 de junio de 1819, en el combate de Itacurubí (paso del río Camacué), las fuerzas de Guacurarí fueron sorprendidas y derrotadas por los portugueses al mando de Francisco das Chagas Santos. Andresito intentó reorganizarse, pero fue hecho prisionero el 24 de junio de 1819 al cruzar el río Uruguay. Según la crónica oficial, fue enviado a Porto Alegre envuelto en un pellejo de cuero crudo (que al secarse le dificultaba la respiración) y luego trasladado a la prisión de la Isla de las Cobras, en Río de Janeiro.

Fin incierto

A partir de allí, la historia oficial se vuelve oscura. La versión más aceptada es que murió en esos calabozos entre 1821 y 1825, a los 42 o 46 años. No hay registro preciso de su muerte, ni de su sepultura. Algunos indicios hablan de una peste –quizá lepra– o de heridas infectadas que no cicatrizaban.

En 2008, la provincia de Misiones impulsó una comisión para repatriar sus restos, pero la búsqueda resultó infructuosa. No se halló tumba, ni hueso, ni documento que certificara su fin. Su cuerpo, simplemente, desapareció de la historia.

Argentina lo ascendió a General del Ejército póstumamente en 2014; Uruguay hizo lo propio en 2016. Pero ningún monumento guarda sus cenizas.

Segunda parte: La versión de un archivo olvidado

El testimonio del padre Benedito Urrutia (rescatado por Roberto Araújo, 1986)

Nota metodológica

El siguiente relato no pertenece a la historiografía académica. Proviene de una teoría contenida en los papeles de Ricardo Marletti, que el investigador Roberto “Beto” Araújo actuó como correo entre dos historiadores (Ivo Caggiani y Aníbal Barrios Pintos) en 1986. Se presenta aquí como hipótesis, no como verdad probada. Su valor reside en que, ante el vacío documental, sugiere un desenlace posible para la vida y la muerte de Andresito después de la derrota y el exilio.

1. Un correo entre dos historiadores (1986)
- 2.

Fue por una amistad equidistante –entre el brasileño Ivo Caggiani y el uruguayo Aníbal Barrios Pintos– que Roberto Araújo terminó actuando como correo ambulante entre dos iconos de la cultura transfronteriza. En sus idas y venidas a la frontera, y gracias a Ricardo Marletti, recibió una teoría capaz de iluminar uno de los enigmas más profundos: el verdadero fin de Andrés Guacurará.

2. El padre Benedito Urrutia: un franciscano olvidado

La teoría gira en torno a un personaje ignorado por la historia oficial: el padre Benedito Urrutia, franciscano y masón (entonces no había contradicción). Llegado a América en 1769 para reemplazar a los jesuitas expulsados, este portugués de Marialva fue guía del naturalista Félix de Azara y, posiblemente, influyó en la educación del joven Artigas. Urrutia –a quien los lugareños llamaban “Frey Benito”– pasó más de una década reeducando las antiguas reducciones jesuíticas en São Tomé. Años después, ya en tiempos de la ocupación luso-brasileña, ofició la boda del general Lecor con una criolla montevideana. Finalmente, fue enviado como vicario apostólico a un monasterio franciscano en las riberas de Río de Janeiro.

3. El encuentro en Niterói (1823)

Una tarde de finales de 1823, mientras el viejo fraile degustaba un vino portugués con su amigo José Bonifacio en una taberna de Niterói, una escena lo conmovió: los guardias arrastraban medio muerto a un prisionero por la calle. Al pasar frente a ellos, el cautivo gimió en buen español:

“Ayúdeme, Frey Benito”.

Conmovido y seguro de que aquel hombre era de la etnia guaraní que él había pastoreado, Benedito usó todas sus influencias para liberarlo bajo su responsabilidad. El preso pasó a vivir en el monasterio.

Allí el sacerdote descubrió la verdad: era nada menos que el mítico comandante Andresito. Había sido sacado de los sótanos de la Isla de las Cobras, afectado por una peste que bien pudo ser lepra, y abandonado en la playa para que la noche lo terminara de matar. Pero sobrevivió. Lisiado, rengo, con heridas que no cerraban –quizá una diabetes o hemofilia–, fue indultado por el regente de la prisión y terminó mendigando por las calles. En esa miseria, había matado a otro mendigo en una riña, y esa era la causa de su nueva detención.

Benedito logró el indulto y lo acogió.

4. La conspiración y el regreso (1831)

En 1831, José Bonifacio convenció a Benedito de participar en una confabulación para recomponer la Confederación del Plata –incluyendo al Paraguay del doctor Francia– con capital en Asunción. El Imperio brasileño temía que Uruguay fuera anexado por Buenos Aires, y quería una federación aliada (Paraguay, Misiones, Corrientes y Uruguay).

Benedito supo que el único hombre capaz de sacar del ostracismo al general Artigas era su protegido: Andresito. Se reunieron, acordaron y partieron.

Cuenta el fraile que cada paso hacia su tierra natal devolvía la vitalidad al comandante.

Cuando traspasaron la frontera, aquella figura patética que mendigaba en Niterói volvía a ser el caudillo de la memoria mítica.

5. La muerte bajo el Guabiyú (15 de abril de 1831)

Murió el 15 de abril de 1831, después de una siesta para digerir un guiso de pata. Quizá un síncope, un infarto.

Murió en silencio, mientras seesteaba a la sombra de un ancestral Guabiyú, en el patio de la que después sería la Catedral de Melo.

Fue enterrado en el cementerio local bajo el nombre falso de André Urrutia. Con él murió también el último intento serio de reivindicar al General en su exilio.

Según el padre Benedito, al encontrarlo muerto, su rostro exhibía una mueca de disgusto y tenía la mano apretada sobre su cuchillo –como si, aún en la resignación, hubiera querido hacer frente a la parca y morir peleando, como mueren los de su estirpe.

Epílogo: lo que la tierra no confiesa

La versión oficial dice: Andresito murió entre 1821 y 1825 en una celda de Río de Janeiro.

La versión de Araújo dice: sobrevivió, cruzó la frontera y murió en Melo en 1831, bajo un Guabiyú, con un nombre falso.

Ninguna de las dos puede probarse con documentos fehacientes.

Lo único cierto es que nadie encontró jamás sus restos. La comisión repatriadora de 2008 volvió con las manos vacías. El archivo de Marletti, la carta de Benedito, el testimonio de Araújo –todo permanece en un limbo historiográfico.

Pero si el comandante Andrés Guacurarí realmente murió aquella tarde de abril bajo el Guabiyú de Melo, entonces su tumba no es un lugar: es el silencio mismo de las fuentes. Y ese silencio, a veces, habla más que cualquier documento.

[Ricardo Petrissans Aguilar](#)

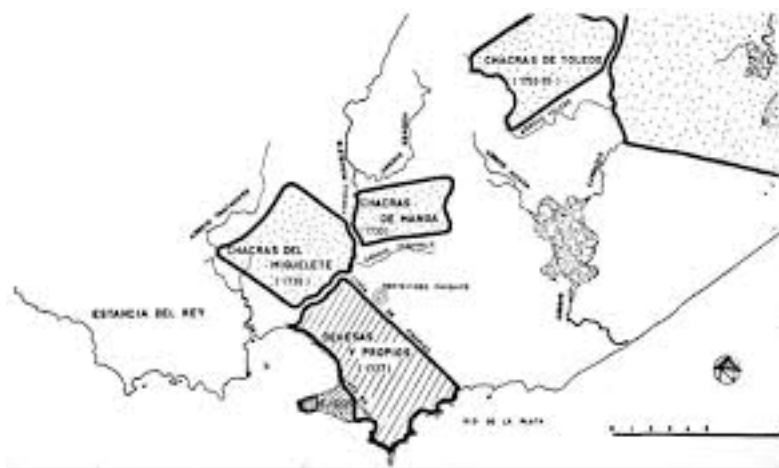
[La otra ciudad](#)

Historias reales desde donde ocurrieron.

La pluma de ganso - Pedro Millán, el heroe de Montevideo.

Por. Ricardo Petrissans Aguilar

Al lado de Zabala, siempre, hay otro. Uno que sí estuvo. Uno que sí caminó. Uno que sí sufrió. Se llamaba Pedro Millán. Pedro Millán llegó con los primeros pobladores. Era militar, "Capitan de Corazas", no era sacerdote, no era funcionario de alto rango. Era un hombre común, pero con oficio, casi obligado de planificador de ciudades, y de escribano, que vino a hacer un trabajo. Zabala lo nombró su representante aquí. El que se quedaba. El que vigilaba. El que informaba. El que construía. Y Millán se quedó. Veinte años.



Mientras Zabala gobernaba en Buenos Aires, paseaba por sus calles, asistía a fiestas, recibía sueldos, pero también combatía casi un día sí y el otro también con pocos recursos para una gobernación inmensa, Millán se hundía en el barro de Montevideo. Escribió cartas. Muchas cartas. Al rey, al gobernador, a las autoridades. Y esas cartas existen todavía. Están en archivos en España, en Buenos Aires, tal vez en algún lugar de Montevideo.

¿Y qué decían? Cosas como estas, que están registradas en los documentos históricos: Carta de 1726: "No tengo herramientas para construir las casas. Los hombres se enferman. Las mujeres lloran. Los niños mueren. Me roban los materiales. Nadie me responde. Por favor, envíen ayuda."

¿Saben qué pasó? Nadie le respondió.

Carta de 1728: "Hace tres meses que no cobro mi sueldo. Mi familia pasa hambre. Los indios que trabajan conmigo también. Si esto sigue así, nos vamos a morir todos." Nadie le respondió.

Carta de 1730: "Los portugueses nos vigilan desde Colonia. Cualquier día cruzan el río y nos atacan. No tengo soldados, no tengo armas, no tengo pólvora. Estoy solo."

Nadie le respondió.

Pero Millán seguía. Veinte años. Construyendo calles, repartiendo tierras, cuidando ganado, peleando con el barro, con las plagas, con la soledad.

¿Saben qué herramientas usaba? La pluma de ganso. Así escribían entonces, con plumas de ave, mojadas en tinta. Con esa pluma trazó el primer plano definitivo de Montevideo. Con esa pluma pidió ayuda una y otra vez. Con esa pluma registró cada muerte, cada nacimiento, cada desesperación.

Por eso digo que Millán era la pluma de ganso. El que escribe, el que traza, el que pide, el que queda.

Pero hay un dato fundamental que casi nadie conoce, y que es central para entender la historia de nuestra ciudad.

En 1727, Pedro Millán propuso que la ciudad se llamara San Felipe y Santiago de Montevideo. Quería ponerla bajo el patrocinio de esos dos apóstoles.

¿Por qué Felipe? Probablemente en honor al rey de España, Felipe V. ¿Por qué Santiago? Porque el 1 de mayo se celebra su fiesta, y esa fecha era importante en el calendario.

El Cabildo lo ratificó el 1 de enero de 1730. Ese fue el nombre original de la ciudad. Durante muchos años, Montevideo fue oficialmente "San Felipe y Santiago de Montevideo". Después, con el tiempo, le cortaron lo de los santos y quedó solo Montevideo.

Millán fue también el que trazó las primeras calles, el que organizó el reparto de tierras, el que llevó el primer censo. Hizo todo el trabajo sucio de la fundación.

Zabala era el brazo de plata: el poder, la espada, el dinero que viene de lejos. Millán era la pluma de ganso: la que escribe, la que traza planos, la que pide ayuda, la que registra cada muerte, cada nacimiento, cada desesperación.

Uno se fue. El otro se quedó.

Y sin embargo, ¿quién tiene estatua? ¿Quién tiene plaza? ¿Quién tiene calle principal? Zabala. Siempre Zabala.

Millán tiene una avenida sí, pero no hubo lugar para él en el corazón de la Ciudad Vieja. Y ningún monumento. Ninguna placa que diga: "Aquí vivió el verdadero fundador".

Pero vive en el corazón de los montevideanos, y todo el que atraviesa una calle de la Ciudad Vieja debería saber que el todavía vigila "su ciudad".



Historias reales desde donde ocurrieron. El Tercer Cabildo.

**Por. Ricardo Petrissans
Aguilar**

El Cabildo de Montevideo: la casa de los tres poderes
El Cabildo de Montevideo es uno de los edificios más emblemáticos de la época colonial y un testigo privilegiado de la historia uruguaya.

Más que un simple edificio, fue el escenario donde se gestó gran parte de nuestra vida republicana y uno de los puntos neurálgicos de La otra ciudad.

Antecedentes: los dos primeros cabildos

Antes del edificio que vemos hoy, existieron dos sedes provisorias. La primera fue la casa del capitán Pedro Gronardo, en la esquina de Piedras e Itzaingó, que en 1730 era apenas un rancho de adobe y techo de cuero. Fue allí donde Bruno Mauricio de Zabala instaló el primer Cabildo el 1 de enero de 1730, día de la fundación jurídica de Montevideo.

En 1737, ante la precariedad de ese inmueble, se construyó una modesta sede en la esquina de las actuales calles Juan Carlos Gómez y Sarandí, que comenzó a utilizarse en 1743. El incesante desarrollo comercial de Montevideo a fines del siglo XVIII hizo necesaria una edificación más importante, y la antigua construcción fue demolida en 1803.

El tercer Cabildo: obra de Tomás Toribio

El diseño y la construcción del tercer Cabildo fueron encargados a Tomás Toribio, el primer arquitecto académico que tuvo Montevideo. Toribio había nacido en Porcuna, Jaén (España), en 1756, y se graduó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1785. Tras desempeñarse como conservador del Monasterio de El Escorial, fue enviado por real orden a la Banda Oriental en 1796 con el título de Maestro Mayor de las Reales Obras de Fortificación de Montevideo.

El proyecto y la dirección estuvieron a cargo de Toribio. La obra se inició en 1804 con la demolición del viejo edificio, utilizando como mano de obra a los presos que luego habitarían las celdas. El arquitecto proyectó una planta cuadrada organizada en torno a cuatro patios rodeados por galerías, con una clara separación funcional: en la planta baja se ubicó la cárcel, y en la planta alta las dependencias administrativas y la Sala Capitular, sobre la fachada principal. Para la construcción se emplearon sillares de piedra extraídos de la zona de Camacú, entre Itzaingó y Juan Carlos Gómez, cuyo labrado estuvo a cargo de los maestros canteros Fulgencio Abril y Juan Cavezas de Arias.

Las fachadas responden a un austero neoclasicismo español, fiel a la doctrina de la Academia de San Fernando. El acceso principal está flanqueado por semicolumnas y pilastras dóricas en la planta baja y jónicas en la superior, coronado por un frontón a modo de arco de triunfo. Una cornisa de coronamiento unifica la composición, mientras que la sobriedad del conjunto es apenas alterada por el balcón central de hierro fundido.

Toribio no llegó a ver la obra terminada: el 23 de junio de 1810, a los 54 años, cayó de un andamio y murió en su lugar de trabajo. Su hijo José Toribio, también arquitecto, continuó la dirección de las obras, que se extendieron hasta 1812 y luego sufrieron una larga paralización entre 1812 y 1830.

Usos del Cabildo: del poder colonial a las gestiones del Graf Spee

Desde su origen, el Cabildo albergó funciones administrativas, judiciales y carcelarias conforme a la Legislación de Indias. Pero fue sobre todo un centro del poder político, y sus muros fueron testigos de episodios cruciales.

El 18 de julio de 1830 se juró la primera Constitución de la República en su Sala Capitular. Durante gran parte del siglo XIX, el Cabildo alojó al Poder Legislativo hasta que se inauguró el Palacio Legislativo en 1925.

En 1925 pasó a ser sede del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Siendo sede de esa cartera, en diciembre de 1939 se desarrollaron aquí intensas negociaciones diplomáticas tras la llegada del acorazado alemán Admiral Graf Spee al puerto de Montevideo, durante la Segunda Guerra Mundial. Desde las oficinas de este edificio se gestionó la permanencia y posterior salida del buque, que terminó hundido frente a nuestras costas, en uno de los episodios más dramáticos de la historia mundial del siglo XX.

Restauraciones y el Museo Histórico Cabildo

A lo largo de su historia, el Cabildo sufrió varias intervenciones y restauraciones. Las más importantes fueron:

Entre 1867 y 1869 se completó la fachada, tal como la conocemos hoy.

En 1957 se iniciaron obras bajo la dirección de los arquitectos Abella Trías y Raúl Cohe, con la asesoría de Horacio Arredondo y Juan Pivel Devoto, para convertir el edificio en sede del Museo Histórico Municipal.

El 21 de septiembre de 1958 se inauguró el Museo y Archivo Histórico Municipal, actual Museo Histórico Cabildo.

Entre 2014 y 2016 se realizó una restauración integral de la envolvente del edificio, bajo la dirección del arquitecto Daniel De León.

Hoy, el Museo Histórico Cabildo despliega una programación que integra diversas voces y promueve una reflexión crítica en torno a la construcción de las narrativas históricas. La colección, abierta al público, incluye pinturas, dibujos, mobiliario, textiles, cerámicas y grabados que narran la evolución de la ciudad.

Un edificio con secretos

Pocos edificios concentran tanta historia en sus muros. El Cabildo fue gobierno, fue cárcel, fue mercado —porque durante mucho tiempo se vendía carne en su patio—, fue comisaría. Sus celdas albergaron a presos comunes y políticos, y se dice que aún hoy guardan documentos secretos: actas de reuniones que nunca se hicieron públicas, pactos no contados, traiciones que quedaron en la sombra. Puede que sea cierto, o quizás no. Pero la arquitectura del poder siempre tiene sus rincones oscuros. Por eso, para La otra ciudad, el Cabildo no es solo un monumento más de la Plaza Matriz. Es un recordatorio de que la historia no es una sucesión de fechas, sino una acumulación de capas de memoria, algunas visibles, otras apenas perceptibles bajo el revoque



Historias reales desde donde ocurrieron. La Guerra Grande, Oribe, Pacheco y la fabula de Pedro y el Lobo.

En el asedio que sufría Montevideo por Oribe, hubo cosas verdaderamente de hacer crisper los nervios al más valiente, como también cosas verdaderamente de sainete.

Hubo escenas conmovedoras, hechos inauditos, dignos de figurar en una epopeya; paladines que han dejado muy atrás a los que nos habla la historia y la poesía, pero como reverso de la medalla, habían hechos y cosas originales y que no se comprenderían si no fuese en el mundo todo contraste.

Al lado de lo sublime está lo ridículo, es una gran verdad, y no hay más que un paso de lo uno a lo otro, como el genio y la locura no se distancian más que por un pequeño límite. Pacheco, que indudablemente estaba dotado de genio, imprimió al asedio toda su inteligencia, y no se puede negar que a él se le debe en gran parte la resistencia que se hizo a Oribe, y poder conseguir que durase tanto tiempo, inspirando a todos entusiasmo, valor y bríos.

Pero a la par de esto tenía, como todos los hombres, sus pequeñeces que empalidecían en gran parte sus condiciones.

Mucha tela habría en qué cortar para probar lo que esto y mucho más presenciaron y vieron, pero para dar un ejemplo basta sólo citar un hecho que singulariza aquella época excepcional.

En los más terribles momentos del sitio, cuando todos, pocos más ó menos, temblábamos porque el enemigo hiciese un asalto á la ciudad, pues nos pintaban á Oribe y secuaces como unos verdaderos caníbales, y que se comían hasta la gente, no escapándose ni los niños, pues que á nada ni á nadie respetaban. Pacheco, á las altas horas de la mañana, mandaba tocar á rebato las campanas de las iglesias y hacía recorrer las calles á la artillería y caballería á gran galope, metiendo un ruido infernal que amedrentaba á los miedosos y á los que no lo eran también, habiendo habido casos de que temiendo ya algunos tener las falanges de Oribe á sus puertas, se escondían bajo siete estados, como dicen, y aún entre las polleras de las mujeres.

Sabemos de uno que se tiró á un aljibe y pereció ahogado, otro que de un balcón se tiró á la calle, creyendo por este medio librarse de Oribe, y se desnucó; de otro, y fué el más célebre, que se levantó de la cama con aquel ruido infernal, y sin acordarse de vestirse, tal era la prisa que llevaba, se armó con su lanza, se puso sus espuelas, y cargando su apero de montar y á pie, sin otro traje que el de Adán poco ó menos, se fué á la línea á prestar su contingente para que no entrara el enemigo.

Las primeras veces, como sucede en todo, el susto de algunos fué mayúsculo, pero tan repetidas fueron las alarmas, que ya poco ó ningún caso les fueron haciendo, hasta que concluyó porque nadie saliese de su casa ni se moviese de su cama, y lo más que hacían era roncar más. Hasta que un día a Oribe se le ocurrió venirse con toda su gente, con la intención de asaltar a la ciudad, y a pesar del rebato de las campanas y de todo el aparato que ponía Pacheco en juego, nadie o muy pocos se movieron de sus casas, y aviados

hubiéramos estado si no se le hubiera ocurrido al tiempo descargar sobre aquellos asaltantes, más agua que la que vio el diluvio universal. Se desencadenó una borrasca de que pocos ejemplos ha habido en este país, y eso que llueve aquí que es un gusto, cuando menos se piensa, y hay unos pamperos que duran días y días, que tumban buques y llevan todo por los aires, y a esto fue debido que no los hubiéramos tenido adentro, pues que refrescó los ardores bélicos de los asaltantes, que habiendo alcanzado hasta el Cristo, tuvieron que soportar la lluvia torrencial de toda la noche, y retirarse en completa desmoralización al otro día, que siguió lloviendo sin cesar y duró una semana entera.

Fuese providencial aquello a una simple coincidencia, el caso podrá definirlo según su paladar y buen juicio cada uno; pero el hecho sucedió así, y ya no volvió Oribe á pretender más asaltos desde entonces, verdad es que tenía sus presentimientos y creía en los azares y advertencias del hado, como todos los grandes capitanes y hombres que han sobresalido en cualquier cosa, que pagan su tributo á las humanas flaquezas y creen en cosas sobrenaturales, como nos lo dice la historia.

La verdad del hecho es, que, si no hubiera llovido á torrentes, tal vez el ejército sitiador hubiera penetrado en la ciudad, pues era compuesto como de quince mil hombres, y se habría reproducido lo de la fábula de Fedro, que, por tantas veces engañar el pastor que venía el lobo, cuando vino, nadie lo creyó y le comieron los carneros, y lo mismo habría pasado con tantas alarmas falsas de Pacheco, que ya nadie les hacía caso, por lo mismo que se habían chasqueado tanto.

Tomado de "Cosas de antano" de Antonio N. Pereira, 1886.

[Ricardo Petrissans Aguilar La otra ciudad](#)

Historias reales desde donde ocurrieron.

«El primer hospital del Uruguay: una lección de piedad y memoria»

Por. Ricardo Petrissans Aguilar

Hoy quiero detenerme ante una efemérides modesta pero profunda. Algo que nos



convoca a recordar algo esencial: ese nosocomio no es un hospital cualquiera. Es el primer hospital del Uruguay, y nació, hace más de dos siglos, como un albergue para indigentes. No lo olvidemos. En 1788, cuando Montevideo apenas era una plaza fuerte de 4.000 habitantes, se levantó allí, en la esquina de San

Pedro y San José (hoy 25 de Mayo y Guaraní), el Hospital de la Caridad. ¿Quiénes ocupaban sus camas? Marineros abandonados por los barcos, mujeres sin hogar, dementes, náufragos, esclavos, niños huérfanos, meretrices. Los que la ciudad veía pero prefería no mirar.

Detrás de esta obra hay dos nombres que merecen ser pronunciados con gratitud. Don Mateo Vidal, el ideólogo, y Francisco Antonio Maciel, el benefactor. Este último, un joven

montevideano de apenas 18 años, miembro de la Hermandad de San José y Caridad, volcó su fortuna personal para sostener las primeras salas. Más aún: en 1787, un año antes de la inauguración oficial, ya había habilitado once camas en una dependencia de su propia casa. Allí mismo asistía a los enfermos, con sus manos, sin delegar la compasión. Por eso la historia lo recuerda como “el padre de los pobres”. Murió peleando contra la invasión inglesa en el Cardal, en 1807. Su legado no fue una batalla, sino una cama para el que no tenía nada.

El edificio que hoy admiramos —con sus tres fachadas neoclásicas, su aire italiano, su capilla de una sola nave y techo arqueado— no se construyó de una vez. Lo interrumpió la Guerra Grande, lo retomaron arquitectos como Bernardo Poncini, Edouard Canstad y el uruguayo Julián Marquelez. Pero conserva una unidad arquitectónica y, sobre todo, una unidad espiritual: la de ser un lugar donde la enfermedad y la miseria encontraban un umbral abierto. El lugar donde había un "torno" para recoger a los bebés no queridos o que tenían que ocultarse, para que la caridad del Hospital y de los gigantes que trabajaban en él se "hicieran cargo" con amas de leche, como nos cuenta Isidoro de María.

Y qué decir de la Capilla Maciel. Comenzada en 1781, es una de las construcciones más antiguas de la Ciudad Vieja. En su interior, aún se ve un proyectil incrustado en el fuste de la columna izquierda de la entrada: resto de los bombardeos de las fragatas inglesas en 1807. La pólvora y la piedad conviven en ese mismo espacio. ¿Hay símbolo más elocuente de nuestra historia?

Cuando en 1911 el hospital dejó de llamarse de la Caridad y adoptó el nombre de Hospital Maciel, no se homenajeó a un militar victorioso ni a un político elocuente. Se homenajeó a un hombre que entendió que la grandeza de una ciudad se mide por cómo trata a sus más débiles.

Por eso, ese museo no es un capricho curatorial. Es un acto de justicia patrimonial. Porque el Hospital Maciel, junto a la Iglesia Matriz (1804) y el Cabildo (1806), conforma el tridente fundacional de Montevideo. Pero a diferencia de aquellos, este no fue construido para el poder ni para el culto: fue construido para la caridad. Para el indigente. Para el náufrago. Para el que llegaba sin nada al puerto.

Al recorrer sus pasillos —háganlo—, no busquen sólo la belleza arquitectónica. Busquen el eco de esa primera sala con once camas, la generosidad de Maciel, el proyectil inglés, las manos anónimas que curaron y enterraron con dignidad. Ese es el patrimonio verdadero: la memoria de la compasión hecha ladrillo.

Con afecto académico y ciudadano,

[Ricardo Petrissans Aguilar](#)
[La otra ciudad](#)

Historias reales donde ocurrieron. Étienne Moreau en la Banda Oriental (1717–1720)

Corsarismo (o nuestro primer emprendedor en tierras orientales...), contrabando y frontera imperial en el Atlántico sur.

Introducción: un episodio menor en los archivos, decisivo en la frontera

Entre los años 1717 y 1720, la costa atlántica de la Banda Oriental fue escenario de una serie de incursiones protagonizadas por el corsario o pirata, no está claro, francés Étienne

Moreau, cuya actividad combinó contrabando de cueros, asentamientos costeros temporarios, alianzas indígenas y enfrentamientos armados con las autoridades españolas. Aunque su figura resulta biográficamente opaca y su presencia aparece de manera fragmentaria en la documentación oficial, el impacto de sus acciones fue



estratégicamente significativo: puso en evidencia la debilidad del control español sobre el litoral oriental y actuó como catalizador de una política más activa de ocupación y defensa territorial, en un contexto de disputa imperial entre España, Portugal y potencias marítimas europeas.

La historia de Moreau se inscribe, por tanto, no tanto como la de un personaje excepcional, sino como la de un síntoma: el de una frontera

abierta, permeable y disputada, donde economías ilegales y alianzas interétnicas coexistían con una soberanía formal escasamente ejercida.

1. El contexto estructural: costa, ganado y frontera sin Estado

A comienzos del siglo XVIII, la Banda Oriental funcionaba como un espacio de frontera múltiple: política, económica y étnica. La ausencia de poblaciones españolas estables en la franja atlántica, la escasa presencia militar permanente y la abundancia de ganado cimarrón convirtieron a la región en un territorio particularmente apto para el contrabando de cueros, actividad altamente rentable en los circuitos atlánticos.

Desde al menos 1714, diversas fuentes mencionan la presencia de franceses utilizando la costa entre Castillos y Montevideo como ancladero, con mayor o menor tolerancia de las autoridades locales. En este marco, indígenas —charrúas, guenoas, minuanes y chanás— no actuaban como actores pasivos, sino como participantes activos de la economía de frontera, estableciendo alianzas circunstanciales con europeos, proveyendo cueros, guiando expediciones o participando directamente en acciones militares. Este escenario explica la viabilidad de las incursiones de Moreau y, al mismo tiempo, la dificultad de erradicarlas de manera inmediata.

2. Un corsario sin biografía: lo que no sabemos de Étienne Moreau

De Étienne Moreau se desconocen datos esenciales: su lugar de origen (lugar exacto de nacimiento, aun cuando era francés), edad, carrera naval previa y el tipo de autorización bajo la cual actuaba. Ninguna fuente disponible confirma de manera directa que operara como agente oficial del Estado francés. Todo indica que se trató de un corsario o contrabandista con respaldo informal, moviéndose en la zona gris entre corso, piratería y comercio ilegal.

Esta falta de definición institucional se refleja en la ambigüedad de las respuestas diplomáticas y en el silencio posterior a su muerte. Moreau parece haber sido un actor prescindible, sin consecuencias internacionales tras su eliminación, lo que refuerza la idea de que no representaba formalmente a la Corona francesa, aun cuando actuara en beneficio de circuitos económicos ligados a ella.

3. Primera incursión (ca. 1717): Maldonado como enclave francés

La primera aparición documentada de Moreau en la Banda Oriental se sitúa hacia 1717. Según las fuentes, arribó a la zona de Maldonado al mando de cuatro buques, estableciendo allí un asentamiento fortificado, dotado de artillería ligera. Desde ese punto organizó la faena de ganado cimarrón y el acopio de cueros, manteniendo relaciones fluidas con grupos indígenas locales.

La reacción española fue encabezada por el gobernador de Buenos Aires, Bruno Mauricio de Zabala, quien envió una fuerza naval que logró capturar el navío insignia francés, el San Francisco, junto con su carga, artillería y tripulación, incluyendo al propio Moreau. Las fuentes de divulgación aportan cifras precisas sobre este botín, lo que sugiere el uso de partes o relatos hoy no conservados.

Sin embargo, este éxito fue parcial: Moreau recuperó la libertad en circunstancias poco claras —ya fuera por fuga, liberación o intercambio— y el episodio no puso fin a sus actividades.

4. Segunda incursión (1719): acción terrestre y persistencia corsaria

Hacia fines de 1719, Moreau reaparece nuevamente en Maldonado, otra vez con cuatro naves y con el objetivo explícito de acumular cueros. Esta vez, Zabala optó por una respuesta terrestre, enviando una expedición compuesta por 30 milicianos y 75 soldados y oficiales.

La columna avanzó por la Banda Oriental, destruyendo depósitos de cueros cerca del río Santa Lucía, donde se incendiaron unos 1.500 cueros, y atacando instalaciones francesas en una zona cercana de la incipiente Montevideo, con la quema de 30 barracas. No obstante, la expedición no logró capturar a Moreau, quien volvió a eludir a las fuerzas españolas una vez más.

Este episodio consolidó la percepción de que la movilidad corsaria y el conocimiento del terreno —sumados a las alianzas indígenas— otorgaban a Moreau una ventaja táctica considerable.

5. Tercera incursión (1720): Castillos, Balizas y el salto cualitativo

En 1720, Moreau regresó en condiciones significativamente distintas. Las fuentes coinciden en que lo hizo con cuatro barcos, más de 100 hombres bien armados y con el apoyo explícito de indios guenoas, estableciendo una base en la región de Castillos, en la ensenada conocida como Castillo Grande o Balizas.

A diferencia de incursiones anteriores, este asentamiento fue percibido por las autoridades españolas como una amenaza estratégica directa: no se trataba solo de contrabando, sino de la posible consolidación de un enclave extranjero capaz de controlar accesos al Río de la Plata.

Esta percepción explica la decisión de Zabala de organizar una operación definitiva.

6. La expedición de Pando y Patiño: guerra de frontera

Zabala encomendó la misión al capitán Antonio Pando y Patiño —aunque una fuente periodística posterior lo denomina José Manuel Pando y Patiño, discrepancia que no puede resolverse con la documentación disponible—. La fuerza reunida fue heterogénea:

- 54 veteranos,
 - 27 milicianos,
 - 25 indios chanás de la reducción de Santo Domingo Soriano,
- sumando alrededor de 106 hombres.

Un elemento decisivo fue la captura de un mulato que había trabajado con los franceses y conocía el terreno. Bajo amenaza, este individuo actuó como baqueano, guiando a la tropa española a través de ríos, bañados y pantanos que, sin esa ayuda, hubieran resultado prácticamente infranqueables.

7. El combate final (24–25 de mayo de 1720): hechos y versiones

El enfrentamiento decisivo tuvo lugar entre el 24 y el 25 de mayo de 1720, según las distintas fuentes. La mayoría sitúa el ataque inicial el día 24, aprovechando la niebla y la sorpresa, mientras que algunas tradiciones locales fijan el 25 como fecha del desenlace o de la memoria del combate.

Los franceses resistieron con intensidad durante aproximadamente media hora. Moreau se colocó en primera línea, arengando a sus hombres. En ese contexto, fue abatido por un disparo efectuado por el ayudante español Pedro José Garaycochea (con variaciones gráficas del apellido), que le impactó en la boca, causándole la muerte inmediata.

Tras la caída de su jefe, los franceses se rindieron, clamando “¡viva Felipe VI!”. El balance consignado es consistente entre varias fuentes: 7 muertos, 15 heridos y 57 prisioneros, además de la quema de unos 8.000 cueros para impedir su reutilización. Los guenoas aliados a Moreau huyeron, con algunos muertos y dos capturados.

8. ¿Muerte en combate o ejecución?

Aquí se concentra la principal tensión historiográfica. Mientras la mayoría de los relatos coinciden en que Moreau murió en combate, un pasaje atribuido al IHGU (1919) — conocido solo a través de referencias secundarias— afirma que fue “ejecutado por Zabala”.

Sin el texto literal del documento del IHGU, no es posible determinar si esta expresión alude a una ejecución formal posterior a una captura, o si se trata de una fórmula político jurídica para designar su eliminación como acto de autoridad soberana. En consecuencia, lo metodológicamente correcto es sostener la coexistencia de dos tradiciones narrativas: una bélica (muerte en combate) y otra punitiva (ejecución), sin forzar una resolución que las fuentes disponibles no permiten.

9. Consecuencias y significado histórico

La muerte de Étienne Moreau puso fin a las incursiones francesas organizadas en la Banda Oriental. Más allá del episodio puntual, el impacto fue estructural: reforzó en Zabala la convicción de que era imprescindible ocupar y fortificar efectivamente la costa atlántica, lo que se tradujo en medidas defensivas posteriores, como el Fuerte de San José y, finalmente, en el proceso que culminaría con la fundación de Montevideo.

En este sentido, Moreau no fue un fundador ni un conquistador, pero sí un detonante histórico. Su audacia reveló un vacío de poder que el Estado español ya no podía permitirse ignorar.

Conclusión

Étienne Moreau encarna la lógica de la frontera imperial rioplatense: un espacio donde soberanía, ilegalidad y negociación interétnica se entrelazaron de manera inestable. Su historia, situada entre archivo y leyenda, permite comprender cómo episodios aparentemente marginales contribuyeron a redefinir estrategias imperiales de ocupación territorial. Más que por lo que fue, Moreau resulta históricamente relevante por lo que obligó a hacer.

Fuente: adaptación del Documento del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, año 1919.

@Ricardo Petrissans Aguilar

@La otra ciudad